



Asamblea General

PROVISIONAL

A/40/PV.53
30 octubre 1985

ESPAÑOL

Cuadragésimo período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 53a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el martes 29 de octubre de 1985, a las 15.00 horas

- Presidente: Sr. DE PINIÉS (España)
- más tarde: Sr. ARCILLA (Filipinas)
(Vicepresidente)
- más tarde: Sr. HEPBURN (Bahamas)
(Vicepresidente)
- Aprobación del programa del cuadragésimo período de sesiones de la Asamblea General y asignación de temas: tercer informe de la Mesa de la Asamblea General [8]:
 - Política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica [35]: (continuación)
 - a) Informe del Comité Especial contra el Apartheid;
 - b) Informe del Comité ad hoc para la elaboración de una convención internacional contra el apartheid en los deportes;
 - c) Informe del Secretario General
 - d) Informe de la Comisión Política Especial

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 15.25 horas.

TEMA 8 DEL PROGRAMA (continuación)

APROBACION Y ORGANIZACION DE LOS TRABAJOS: TERCER INFORME DE LA MESA
(A/40/250/Add.2)

El PRESIDENTE: En los incisos a) y b) del párrafo 2 de su informe (A/40/1250/Add.2), la Mesa recomienda la inclusión en el programa del actual período de sesiones de un tema suplementario titulado "Proyecto de declaración sobre los principios sociales y jurídicos relativos a la protección y el bienestar de los niños, con particular referencia a la adopción y la colocación en hogares de guarda en los planos nacional e internacional" y su asignación a la Sexta Comisión.

¿Puedo considerar que la Asamblea General decide aprobar esta recomendación?
Así queda acordado.

El PRESIDENTE: Se informará al Presidente de la Sexta Comisión de esta decisión que acabamos de adoptar.

En el párrafo 3 del informe, la Mesa recomienda que habida cuenta del gran número de oradores previstos en las sesiones plenarias de la Asamblea que se designarán Conferencia Mundial de las Naciones Unidas para el Año Internacional de la Juventud, a partir del 13 de noviembre de 1985, en relación con el tema 89, "Año Internacional de la Juventud: Participación, Desarrollo, Paz", las sesiones de la mañana comiencen a las 10.00 horas en lugar de las 10.30 horas.

¿Puedo entender que la Asamblea General desea aprobar esta recomendación?
Así queda acordado.

El PRESIDENTE: Concluye así el examen del tercer informe de la Mesa.

TEMA 35 DEL PROGRAMA (continuación)

POLITICA DE APARTHEID DEL GOBIERNO DE SUDAFRICA

- a) INFORME DEL COMITE ESPECIAL CONTRA EL APARTHEID (A/40/22 y Add.1 a 4);
- b) INFORME DEL COMITE AD HOC PARA LA ELABORACION DE UNA CONVENCION INTERNACIONAL CONTRA EL APARTHEID EN LOS DEPORTES (A/40/36);
- c) INFORME DEL SECRETARIO GENERAL (A/40/780);
- d) INFORME DE LA COMISION POLITICA ESPECIAL (A/40/805).

El PRESIDENTE: Desearía recordar a los representantes que, de acuerdo con la decisión adoptada por la Asamblea ayer en la tarde, la lista de oradores en el debate sobre este tema se cerrará hoy a las 17.00 horas. Por consiguiente, pido a los representantes que deseen participar en el debate que se inscriban lo antes posible.

De conformidad con la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, celebrada el 20 de septiembre de 1985, doy la palabra al representante del African National Congress of South Africa.

Sr. MAKATINI (African National Congress of South Africa (ANC))
(interpretación del inglés): En nombre del African National Congress of South Africa (ANC) y el pueblo oprimido y en lucha de Sudáfrica, deseo transmitir los más cálidos saludos a todos los participantes en esta importante reunión.

Sr. Presidente: Me complace especialmente unirme a oradores anteriores para felicitarlo por su elección unánime para presidir esta Asamblea en ocasión del cuadragésimo aniversario de la Organización. Estamos convencidos de que su habilidad diplomática, su experiencia y su compromiso con la causa antiapartheid afianzarán aún más la campaña mundial en pro de una Sudáfrica libre, unida, no racial y democrática. También quiero felicitar a su predecesor, el Embajado Paul Lusaka, de Zambia, por la forma ejemplar en que dirigió el trigésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General.

La opinión pública mundial ha logrado el consenso en su evaluación de la situación que reina actualmente en Sudáfrica. Los amigos y enemigos del apartheid reconocen igualmente que este sistema está condenado a desaparecer. Con excepción de los principales socios comerciales de la Sudáfrica racista, el mundo está comprometido a aplicar sanciones globales y obligatorias contra el régimen de Pretoria a fin de ayudar a evitar el tipo de baño de sangre racial que podría envenenar las relaciones entre las razas en el Africa meridional y en el resto del mundo durante muchos decenios.

Al describir la situación actual en Sudáfrica, la mayoría de los observadores habla de una crisis cada vez más profunda. El Obispo Desmond Tutu dice que faltan cinco minutos para la media noche en la historia de este país asediado y minado por un polvorín a punto de estallar. El Dr. Beyers Naude, un antiguo miembro del Broederbond, que es una notoria organización clandestina conocida por su papel como arquitecta y protectora de la doctrina del apartheid, quien se ha convertido en uno de los principales opositores blancos al apartheid y ha reemplazado al Obispo Desmond Tutu como Secretario General del Consejo Sudafricano de Iglesias, dice lo mismo con otras palabras. En la edición del domingo pasado de The New York Times se le cita diciendo que Sudáfrica se encuentra en una situación de guerra civil y que está de acuerdo con los que dicen que Sudáfrica está entrando en un estado revolucionario. En una forma típicamente perversa, el denominado Ministro de la Ley y el Orden del régimen de Botha, Sr. Louis Le Grange, lo admitió así cuando amenazó con la guerra total al ANC, al que culpa de los disturbios revolucionarios que sacuden el país en la actualidad.

A principios del año pasado nuestro Presidente, el Camarada Oliver Tambo, exhortó a nuestro pueblo a hacer del apartheid un sistema inútil y del país un lugar ingobernable. También dio instrucciones a las organizaciones clandestinas para tomar las medidas apropiadas a fin de que esta exhortación tomara el carácter de actividades concretas de las masas unidas. El pueblo respondió con entusiasmo. Cuando nuestro Presidente volvió a hacer ese llamamiento el 8 de enero pasado, el pueblo ya había tomado medidas que, entre otras cosas, llevaron a la negativa generalizada de pagar alquileres por sus cabañas para esclavos. Mediante una acción enfervorizada de las masas unidas, inspirada por el llamamiento de nuestro Presidente, el pueblo procedió a dismantelar los brazos administrativos del

apartheid en las comunidades negras y a reemplazarlas con estructuras populares administrativas. Procedieron también a identificar a los informantes y colaboradores del régimen infiltrados entre ellos. También declararon que sus comunidades no estaban abiertas a la policía del régimen. Incapaces de poner en vigor sus leyes represivas por los medios tradicionales, el régimen decidió declarar la guerra al pueblo. Así implantó el estado de emergencia, bajo cuyo manto los soldados del régimen se dedican al saqueo, el pillaje, la violación sexual y el asesinato entre los habitantes de las aldeas. Pero el control que el régimen esperaba lograr mediante su reino de terror, por el contrario, es cada vez más elusivo.

En los últimos tres meses, diversas organizaciones no gubernamentales y varios gobiernos e individuos han condenado con firmeza al régimen de Pretoria por la imposición del estado de emergencia, un acto calculado para colocar a Sudáfrica bajo la ley marcial con lo que se daría a cada soldado y policía del régimen absoluta licencia en sus actividades sangrientas. Las notorias fuerzas de seguridad del régimen, como era de esperarse, utilizaron estos poderes para realizar arrestos, detenciones, torturas y asesinatos masivos arbitrarios de los opositores del sistema.

Entre los que han sido asesinados a sangre fría hay también niños pequeños. Entre los arrestados se encuentran cientos de niños de menos de 13 años. En general, el estado de emergencia ha costado ya más de mil vidas entre el pueblo desarmado, muchos de cuyos integrantes eran sindicalistas populares, estudiantes y dirigentes de la comunidad, quienes fueron asesinados por los escuadrones de la muerte del régimen de Pretoria y sus colaboradores.

Indignado por la denominada nueva Constitución del régimen, la determinación del pueblo de ser libre fue alentada más que quebrantada por la imposición del estado de emergencia. Mediante la acción de las masas unidas para hacer del apartheid un sistema inútil y del país un lugar ingobernable, el nivel de la lucha alcanzó una magnitud sin precedentes. En particular, obligó a renunciar a la inmensa mayoría de los Consejeros negros del apartheid. Las masas instituyeron un boicoteo de consumidores que ya ha logrado abrir una brecha entre el régimen y la comunidad comercial blanca. El Movimiento de Huelguistas Negros sigue creciendo y

extendiéndose por todo el país. Los principales sindicatos han descubierto su fuerza política y buscan los medios y arbitrios de desplegar ese poder al servicio de la liberación. Se orientan con ese fin a la creación de una federación obrera nacional que fortalezca considerablemente el frente democrático unido del pueblo que lucha. Dentro del marco de este surgimiento revolucionario en todo el país, la lucha armada sigue aumentando y su ritmo se ve acuciado por la violencia del apartheid.

Pese al creciente terrorismo de estado del apartheid, la ANC no ha abandonado su estrategia de infligir todo el daño que pueda a los personeros del enemigo, a su seguridad y a sus instalaciones económicas y de otro tipo, con el costo mínimo posible de vidas humanas.

Incontables hombres y mujeres conscientes de todo el mundo, indignados por la barbarie del régimen y emocionados por la resistencia y determinación del pueblo sudafricano en su lucha por librarse del dominio de la minoría racista y por ganar su libertad, han respondido con la acción apropiada. Aunados en una sola voz poderosa han exigido que se impongan inmediatamente sanciones globales y obligatorias contra el régimen de Pretoria. Han iniciado campañas para aumentar el apoyo y la asistencia generalizada al African National Congress de Sudáfrica (ANC) en su papel de vanguardia del amplio movimiento de liberación nacional. Un creciente número de Gobiernos, instituciones académicas, organizaciones laborales y otras organizaciones no gubernamentales, así como organizaciones intergubernamentales, están imponiendo unilateralmente diversos tipos de sanciones contra Pretoria.

Es alentador observar que los países nórdicos, que durante algún tiempo adoptaron sanciones voluntarias como una medida destinada a lograr el aislamiento total del régimen de Pretoria, afortunadamente se ven acompañados ahora por Nueva Zelanda, Australia y el Canadá. Acogemos calurosamente la unidad creciente de propósitos entre las fuerzas opuestas al apartheid y los Gobiernos en el sentido de aplicar sanciones más vigorosas y amplias.

Notoriamente al margen del creciente impulso en favor de sanciones generales y obligatorias se encuentran los Gobiernos de los Estados Unidos y el Reino Unido. De acuerdo con la política universalmente condenada del denominado compromiso constructivo, que ha alentado al régimen de Pretoria a emprender actos cada vez más flagrantes de represión y agresión, el Gobierno de Reagan ha abusado de su derecho de veto para proteger a la Sudáfrica racista.

El desafío planteado a los millones de personas en los Estados Unidos que aman la libertad ha llevado recientemente a un nuevo impulso del movimiento anti-apartheid puesto de manifiesto por la aparición del Movimiento por una Sudáfrica Libre tras el arresto del congresista Walter Fontroy, el comisionado de los derechos humanos en los Estados Unidos, Mary Berry y el Director Ejecutivo de Transáfrica, Ronald Robinson.

El encarcelamiento de cientos de dirigentes que se ocupan de los derechos civiles ante la Embajada de Sudáfrica en Washington ha creado una nueva situación en el movimiento anti-apartheid de los Estados Unidos. La opinión pública se ha levantado para ejercer presión sobre el Gobierno de Reagan a fin de lograr que abandone la política de compromiso constructivo. El Gobierno ha respondido con una concesión táctica preservando los elementos esenciales de su política de alianza con el régimen de apartheid. Pese a ello, continúa creciendo la presión en torno al tema de la desinversión, la prohibición de préstamos bancarios, y el pedido de ruptura de relaciones diplomáticas y económicas así como la suspensión de los vuelos aéreos entre este país y la Sudáfrica racista.

Algunas de las principales universidades de los Estados Unidos han sido obligadas por los estudiantes a retirar sus inversiones de Sudáfrica. La lista incluye a la Universidad de Columbia, aquí, en Nueva York, las de Yale, Princeton, Rutgers, Suny, etc. Corresponde encomiar la actitud, entre otros, del Gobernador de Nueva Jersey, quien recientemente ha promulgado una ley aprobada por ambas cámaras de la legislatura estatal para retirar la inversión de aproximadamente 2.000 millones de dólares en fondos estatales de las empresas que negocian con Sudáfrica. El movimiento anti-apartheid ha logrado victorias similares en California, donde se han aprobado y están a la espera de la promulgación del Gobernador leyes que piden la desinversión de aproximadamente 4.000 millones de dólares.

Este nuevo surgimiento del movimiento anti-apartheid, resultado directo de los incansables esfuerzos de los militantes anti-apartheid en los niveles básicos, los dirigentes de los derechos civiles, legisladores y personalidades de la comunidad, adquirió carácter público durante la campaña presidencial, el año pasado, por primera vez en la historia norteamericana, merced a la exitosa campaña del Reverendo Jesse Jackson.

El impulso irreversible en favor de sanciones contra el régimen de Sudáfrica determinó recientemente la aprobación del acuerdo del Commonwealth que, aparte de una serie de sanciones, exige al régimen del apartheid que libere incondicionalmente a Nelson Mandela y a los demás presos políticos, levante la prohibición contra el African National Congress y demás organizaciones políticas y derogue el estado de emergencia, so pena de ser pasible de sanciones generales en los próximos seis meses.

Como el Gobierno norteamericano y sus aliados siguen resistiendo los intentos de aislar totalmente al apartheid, ese mismo Gobierno ha rechazado la enmienda Clark, colocándose así en una posición de total libertad para apoyar a UNITA, una pandilla de bandoleros sostenida, dirigida y utilizada por el régimen de Pretoria como uno de sus instrumentos para lanzar la guerra contra la República Popular de Angola. Esta yuxtaposición subraya lo que siempre hemos afirmado de que la colaboración con el régimen de Pretoria es una manifestación flagrante de la alianza del régimen racista y sus colaboradores occidentales contra los pueblos de Sudáfrica y Namibia y que es esta alianza la que respalda el programa del régimen de Pretoria destinado a desestabilizar a los Estados de la línea del frente y a Lesotho mediante actos de agresión militar, subversión política, sabotaje y chantaje económico. Se trata de una alianza perversa contra los pueblos del Africa meridional.

La campaña contra las sanciones, incluido el abuso del derecho de veto, especialmente de parte de los Gobiernos de Reagan y Thatcher, forma parte de esta alianza impía que debe ser universalmente condenada.

Encomiamos a los Estados vecinos, especialmente a los Estados de la línea del frente y a Lesotho, por su resistencia resuelta contra el régimen racista y sus aliados. Encomiamos su actitud doblemente, por su clara visión y su apoyo principista a las sanciones generales y obligatorias, pese a las dificultades que temporariamente podrían sufrir a consecuencia de las mismas.

Hace 40 años se derrotó al nazismo hitlerista. Hace 40 años se crearon las Naciones Unidas, entre otras cosas para salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, evitando la repetición del fascismo y eliminando el colonialismo, el racismo, la opresión y la explotación del hombre por el hombre, así como todas las demás causas de conflictos y guerras. Sin embargo, mediante artificios tales como el compromiso constructivo, se sigue tolerando y defendiendo al fascismo, reencarnado en el apartheid, inclusive cuando asola a nuestro continente desesperadamente.

El Financial Times de Londres del día de ayer informa que el régimen racista se propone incrementar la fuerza policial en 11.000 efectivos y construir nuevos puestos policiales en los distritos negros. Los gastos militares del régimen, que nunca cesa de crecer, constituye hoy más del 30% del total del presupuesto nacional. El apartheid está militarizando su estado policial, aunque ello signifique convertirlo en un campo de concentración.

Acosado como está el apartheid, su actitud es más intransigente que nunca. En lugar de escuchar la voz de la razón, se dispone a cavar una última trinchera que no puede traer sino consecuencias catastróficas. El apartheid sigue impenitente; no puede ser reformado. Es preciso desmantelarlo totalmente y sustituirlo por una Sudáfrica libre, unida, no racial y democrática. La función imperativa de la comunidad internacional es imponer con urgencia sanciones generales obligatorias en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

Sr. GOLOB (Yugoslavia) (interpretación del inglés): Es un hecho lamentable que en la era de la emancipación de pueblos y naciones y de la afirmación de los derechos humanos, el pueblo de Sudáfrica siga viviendo bajo el yugo del apartheid y la discriminación racial. Este es un hecho lamentable, y lo sería también en todas las épocas, pero lo es particularmente ahora, a finales del siglo XX y cuando se conmemora el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas.

El régimen racista de Pretoria sigue aplicando su política de represión, explotación y terror contra la mayoría negra de la población. La opresión ha llegado a un punto en que la población esclavizada se ha visto obligada a levantarse al unísono contra la tiranía. Las acciones masivas de los obreros, campesinos, jóvenes, estudiantes, el clero, las mujeres y los niños demuestran su determinación de alcanzar la dignidad humana y el derecho inalienable a la libre determinación, independientemente del precio que deban pagar por ello.

La lucha valerosa del pueblo de Sudáfrica está socavando los cimientos mismos del apartheid. No ha de transcurrir mucho tiempo para que se ponga fin a un sistema y a una política basados en fundamentos odiosos.

Temerosas del derrumbe, las autoridades racistas sudafricanas se han vuelto aún más despiadadas. Recurren cada vez más a las detenciones arbitrarias, a los encarcelamientos y a los arrestos de cuantos se oponen al régimen del apartheid. La imposición del denominado estado de emergencia ha llevado consigo un trágico aumento de los asesinatos y matanzas ya bárbaras de personas indefensas, incluidos niños.

Las autoridades racistas no se detienen ante nada con tal de quebrantar la resistencia popular. Manifestantes y huelguistas desarmados son muertos a tiros; se utiliza la fuerza para reasentar a la población negra. La política de bantustanización divide a las familias, y se priva a la población de sus sentimientos nacionales y étnicos. Se detiene a miembros del United Democratic Front con acusaciones falsas de traición. Se ejecuta a los luchadores por la libertad ante pelotones de ejecución junto a muros de las cárceles.

El régimen racista está intentando crear una ilusión de cambio y reformas internas. La denominada nueva constitución ha sido proclamada, y se han celebrado las denominadas elecciones parlamentarias. Se ha ofrecido la libertad a Nelson Mandela y a otros dirigentes populares encarcelados a condición de que renuncien a la violencia como medio de oposición al apartheid. El significado real de esta medida es abrir una brecha en las filas de los pueblos y proteger y fortalecer el sistema basado en la discriminación racial. La mejor respuesta a estas maniobras la han dado las denominadas personas de color, que boicotearon esas elecciones y rechazaron esos cambios constitucionales. Nelson Mandela dio su propia respuesta enérgica y decisiva: rechazó la "libertad" en esas circunstancias y con esas condiciones.

La intensificación de la resistencia popular constituye una prueba de la unidad inquebrantable del pueblo esclavizado de Sudáfrica en su lucha por la eliminación del apartheid y el establecimiento de una sociedad basada en la igualdad de derechos para todos, con independencia de raza, origen y color.

El Gobierno sudafricano persiste en su política de agresión y ocupación en la región. Continúa manteniendo en servidumbre a Namibia y a su pueblo heroico; explota cruelmente sus recursos humanos y naturales y niega a ese pueblo sus derechos inalienables a la libre determinación y a la independencia.

El régimen de apartheid comete actos de agresión contra los Estados de primera línea vecinos. Angola, Botswana y Lesotho han sido víctimas de su agresión brutal. Las incursiones militares a partes del territorio de Angola, y su ocupación, constituyen una manifestación clara de la auténtica índole del régimen del apartheid.

Sudáfrica está desarrollando un potencial militar enorme, incluida la tecnología nuclear con fines militares, y todo esto se hace a ritmo acelerado. Intenta convertir al Africa meridional en una región de enfrentamiento entre bloques y de lucha de las grandes Potencias por esferas de influencia y de dominación.

Todo ello proporciona amplia evidencia de que la política de apartheid equivale a la opresión interna y a la agresión extranjera. Ello es más que suficiente para comprender que la política del régimen de Prétoria constituye la amenaza más grave para la paz y la seguridad en la región, en Africa en su conjunto y en el mundo. Esto es más que suficiente para comprender que el apartheid no puede reformarse, que hay que desmantelarlo y eliminarlo. También tendría que ser más que suficiente para que la comunidad internacional iniciara una acción unida para eliminar el apartheid de una vez por todas.

El apartheid está en contravención directa de los principios de la Carta y de las decisiones de las Naciones Unidas; contraviene directamente la Declaración Universal de Derechos Humanos y las normas básicas del derecho internacional. Recordemos que el apartheid ha sido proscrito explícitamente por la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial. La Convención Internacional sobre la Supresión y Castigo del Crimen del Apartheid declaró que el apartheid era un delito de lesa humanidad.

Tan solo durante este año, la política del Gobierno de Sudáfrica fue objeto de debates amplios y repetidos en el Consejo de Seguridad, donde la cuestión se debatió en siete ocasiones. Sin embargo, debido a la conducta del régimen de Pretoria, las resoluciones del Consejo de Seguridad no fueron más que letra muerta.

Los países no alineados han subrayado constantemente la necesidad urgente de la erradicación del colonialismo, el racismo, la discriminación racial y el apartheid en el Africa meridional. En el comunicado especial sobre Sudáfrica adoptado en la Conferencia Ministerial de los Países No Alineados, celebrada en Luanda, Angola, a principios de septiembre de este año, se señaló:

"La paz en la región solamente podrá garantizarse mediante la abolición total del apartheid y el establecimiento de una sociedad no racial y democrática en Sudáfrica. Con este fin, los Ministros de Relaciones Exteriores se dedicaron a pedir a la comunidad internacional que se sume activamente a la campaña para alcanzar ese objetivo."

El creciente movimiento anti-apartheid en todo el mundo, en particular en América del Norte y en Europa occidental, ha intensificado esta campaña y la acción contra el apartheid. Sin embargo, parece evidente que las acciones de la comunidad internacional hasta la fecha no han sido suficientes. A fin de lograr el objetivo de eliminar el sistema del apartheid y establecer una sociedad democrática no racial es necesario emprender medidas concretas. Corresponde al Consejo de Seguridad imponer urgentemente sanciones generales y obligatorias contra Sudáfrica en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Entre tanto, todos los Estados Miembros deben intensificar la presión sobre el régimen racista de Pretoria y abstenerse de todos los contactos y actividades políticas, económicas, culturales y deportivas con Sudáfrica.

Los contactos existentes, que son muchos, en estas esferas representan un apoyo al régimen de Pretoria en su prosecución de la política de apartheid y le ayudan a salir del aislamiento internacional. Los países que mantienen estrechas relaciones con Sudáfrica, especialmente relaciones económicas, y que cooperan en la esfera de la tecnología militar y nuclear, tienen la responsabilidad moral y política de permitir, directa o indirectamente, que el régimen racista continúe con su política de apartheid.

Ya ha llegado el momento de que estos países renuncien a esa política y se sumen a la mayoría de la comunidad de naciones en las palabras y en los hechos.

Las instituciones financieras nacionales e internacionales deben poner término a su ayuda a Sudáfrica, por cuanto el otorgamiento de esa asistencia fortalece al régimen.

El apoyo unánime de la Asamblea General sería una contribución política concreta a la lucha contra el apartheid y la discriminación racial en el Africa meridional, incluyendo la adopción y rápida ratificación de la convención internacional contra el apartheid en los deportes.

Pero pensamos que todos los Estados Miembros deben ir más allá de las expresiones de solidaridad y apoyo al pueblo oprimido de Sudáfrica. Es necesario - realmente indispensable - prestar una ayuda eficaz a la legítima lucha de liberación del pueblo de Sudáfrica por lograr su derecho inalienable a la libre determinación, la libertad y la justicia, en especial la ayuda a sus movimientos de liberación reconocidos por la Organización de la Unidad Africana, a saber, el African National Congress y el Pan Africanist Congress of Azania.

En Yugoslavia continuaremos prestando pleno apoyo moral, material y político a la lucha persistente y valerosa de los pueblos del Africa meridional en contra del apartheid, el racismo, el colonialismo y la discriminación y en favor de la libertad, la igualdad y la dignidad humana.

Por último, deseo manifestar nuestro pleno apoyo a la labor del Comité Especial contra el Apartheid, que bajo la presidencia del dinámico e imaginativo Embajador de Nigeria, Joseph Garba, ha demostrado que está a la altura de su importante tarea en nuestros esfuerzos comunes por erradicar al apartheid de la vida internacional.

Sr. DOS SANTOS (Mozambique) (interpretación del inglés): Señor

Presidente: Por ser la primera vez que hago uso de la palabra en esta Asamblea, en su cuadragésimo período de sesiones, permítame comenzar reiterando la satisfacción de mi delegación por verlo ocupar la Presidencia de este período de sesiones. Su capacidad y larga experiencia diplomática nos dan garantías de un resultado exitoso de nuestras deliberaciones.

Hace casi seis meses, personas de todo el mundo se reunieron para celebrar el cuadragésimo aniversario de la derrota del fascismo y el nazismo. Personas de diferentes colores y razas, creencias e ideologías, pero inspiradas por su aspiración común de paz y libertad y un profundo sentimiento de horror por la guerra, reafirmaron su decisión de fomentar la paz y la seguridad y eliminar las tensiones y los conflictos.

Las Naciones Unidas no permitieron que se desperdiciara esta ocasión. En su condición de guardianes de la paz mundial, reiteraron una vez más su compromiso y decisión de cumplir la tarea que se impusieron desde su creación, a saber, preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, mantener la paz y la seguridad y promover la cooperación económica internacional.

Ciertamente, tiene gran mérito recordar a quienes perecieron para asegurar que las generaciones venideras heredarían un mundo mejor y más seguro.

Tuvimos el privilegio y el honor de hacer uso de la palabra en el período de sesiones conmemorativo del término de la segunda guerra mundial, organizado por el Consejo Económico y Social en su primer período ordinario de 1985.

Como declaramos en esa oportunidad, la derrota del nazi-fascismo, que marcó el fin de la segunda guerra mundial, fue el mejor testimonio de lo que los hombres y mujeres, independientemente del color de su piel, religión y creencias, pueden lograr si aunan sus sacrificios, su decisión y sus recursos para defender y preservar lo que tienen en común.

El nazismo y el fascismo representaban, ante todo, una amenaza para la paz y la seguridad en Europa. No obstante, como la aspiración de paz y libertad trasciende todas las diferencias existentes entre los pueblos y los individuos, personas de todos los continentes participaron en la liberación de Europa. Fue con este profundo sentido histórico que los amados hijos del Africa brindaron su contribución valiosa y desinteresada al restablecimiento de la libertad en Europa.

El mundo se enfrenta una vez más al nazismo, bajo la forma del apartheid, esta vez en el Africa, especialmente en la región meridional. Este es un desafío que la comunidad internacional ha enfrentado desde 1948, tres años después de la finalización de la segunda guerra mundial. Cabe preguntarse si en realidad el nazismo murió.

Al igual que los del nazismo, los siniestros actos del régimen de apartheid no se limitan solamente a Sudáfrica. Toda la región del Africa meridional ha sido transformada en una zona de terror y guerra. Los países vecinos, durante mucho tiempo, han tenido que soportar las consecuencias de las agresiones y los actos de desestabilización de Sudáfrica. Estos actos perpetrados por el régimen tienen el propósito de subyugar a los pueblos de la región y destruir las infraestructuras económicas de esos países, a fin de hacerlos vulnerables a las presiones y el chantaje de Sudáfrica. De esta forma, el régimen de apartheid espera colocar a los países de la región bajo su dominación y dependencia, tanto política como económica.

Durante este año hemos sido testigos de un creciente incremento de la violencia y el terror en Sudáfrica. El régimen de apartheid ha intensificado su política criminal, a saber, los arrestos arbitrarios, la tortura y el asesinato desenfrenado de la mayoría de la población.

Diariamente, ciudadanos pacíficos e indefensos son muertos a tiros por la policía y el ejército. Estas prácticas inhumanas encontraron su máxima expresión en la imposición del estado de emergencia. Como cabía esperar, ello ha dado por resultado arrestos masivos de miles de personas inocentes, incluyendo niños de menos de diez años de edad. ¿Cuál es su delito? Su delito es el boicot a las escuelas. Como no se informa a las madres del paradero de sus niños, tienen que ir de una cárcel a otra. Los niños son encerrados en las mismas celdas que los adultos acusados de delitos comunes.

Solamente en 1955 Sudáfrica invadió Botswana y mató indiscriminadamente. Ha tratado de sabotear las instalaciones petroleras de Cabinda, en Angola. Ha lanzado dos importantes agresiones contra Angola, destruyendo las infraestructuras económica y social y asesinando a civiles inocentes.

Las agresiones contra nuestros países, por conducto de bandidos armados, han aumentado en intensidad.

Las Naciones Unidas han condenado estos actos bárbaros perpetrados por el régimen sudafricano, y también lo han hecho el Movimiento de los Países No Alineados y la Organización de la Unidad Africana (OUA). También han exigido la cesación de todos los actos hostiles contra los países de la región; que se ponga fin a la matanza de poblaciones indefensas dentro del país y que Sudáfrica inicie negociaciones con los auténticos representantes de la mayoría sudafricana sobre el futuro del país.

Sin embargo, como en el pasado, el régimen racista ha hecho caso omiso de esas peticiones. Al contrario, ha declarado que nunca acatará ninguna decisión de las Naciones Unidas. Esto constituye un desafío a la autoridad de nuestra Organización.

El régimen de apartheid ha sido declarado crimen de lesa humanidad y una amenaza a la paz y la seguridad internacionales. La calidad de Miembro de Sudáfrica en las Naciones Unidas ha sido suspendida debido a su política abominable. En realidad, la oposición al apartheid disfruta del consenso de toda la comunidad internacional.

Por lo tanto, cabe esperar que los que lo aborrecen unan su imaginación y sus sacrificios y libren una guerra implacable contra el sistema de apartheid para que prevalezca el espíritu de solidaridad humana y cooperación que hace 40 años fue un ejemplo. Este no ha sido el caso. El aborrecimiento común al sistema de apartheid, que todos profesan, aún no ha sido traducido en acciones concretas.

En realidad, cuando se proponen medios activos como única alternativa para dismantelar el sistema de apartheid, dada su intransigencia, se escuchan voces disidentes. Como hemos dicho en el pasado, primero pudimos escuchar con atención, pero sólo para saber al mismo tiempo que también había que desalentar los medios pacíficos. ¿Se nos pide que tengamos paciencia?

Ayer, cuando la libertad estaba amenazada en Europa, las palabras "paz" y "paciencia" desaparecieron súbitamente de nuestro vocabulario. Lo se respondió a la violencia con medios pacíficos y paciencia. La brutalidad fascista

y nazi se enfrentaron rápidamente a represalias violentas, hasta el extremo de que, en las primeras etapas de la guerra, por lo menos en algunos casos, hombres mal equipados y entrenados se desplegaron rápidamente en el norte de Europa en medio del invierno, sin esquíes, y fueron capturados por miles por las fuerzas nazis. Esos soldados fueron enviados en esas condiciones no porque no fueran amados por su pueblo y sus dirigentes, sino porque había que detener rápidamente la marea de la tiranía.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días son numerosos los casos en que, en circunstancias mucho menos amenazadoras, por decir lo menos, se recurrió a medidas rápidas y enérgicas. Algunos no practican lo que predicán.

Es irónico observar que muchos de los que se oponen a utilizar medios violentos para erradicar el apartheid están entre los que contribuyeron en gran medida, con hombres y recursos valiosos, a la lucha contra el fascismo y el nazismo. ¿Acaso el hecho de que ahora es la libertad del Africa la que está amenazada y no la de Europa explica este cambio de actitud ante una situación similar? Quisiéramos creer que no es así.

También están los que sostienen que, debido a su nivel de desarrollo, Sudáfrica se ha vuelto casi inmune a cualquier medida que pueda adoptar la comunidad internacional. Eso tampoco puede ser cierto. Sudáfrica es un gigante con pies de barro.

Algunos otros tratan de inculcarnos la idea de que, si adoptáramos medidas adecuadas, efectivas y enérgicas contra Sudáfrica, resultarían dañinas para la población negra. Así, de acuerdo con los que proponen esta filosofía, se debe dar tiempo al régimen de apartheid para que se suicide o que muera de muerte natural. Hacen ver que creen que ese régimen está sufriendo una metamorfosis y que finalmente llegará el día en que el mundo se despierte para encontrar que el apartheid se ha eliminado a sí mismo.

Invitamos a los que propagan estas falsedades y a los que, involuntariamente, caen víctimas de ellas, a escuchar el grito del pueblo oprimido de Sudáfrica. Si escuchan detenidamente, le oirán decir que ha llegado el tiempo de adoptar medidas firmes para poner fin al sistema de apartheid. También le oirán decir que el apartheid no se puede reformar; que debe ser desmantelado; y que está dispuesto a morir por su libertad. Este es el grito que proviene de los que, día tras día, sufren la discriminación racial, las matanzas y la negación de sus derechos humanos. Este es el grito que todos tenemos que escuchar y ningún otro.

Las políticas crueles y criminales del régimen del apartheid no han disuadido a los países de la región de explorar todas las vías posibles que puedan llevar al arreglo pacífico de sus problemas. Dentro de este contexto, esos países han emprendido iniciativas de paz. El acuerdo de Nkomati y el entendimiento de Lusaka representan la culminación de nuestros esfuerzos tendientes a la paz y la estabilidad en el África meridional. No obstante, estas iniciativas no han generado un clima de paz y seguridad en la región, debido a que Sudáfrica no acata las disposiciones de esos instrumentos.

El régimen del apartheid brinda continuamente refugio a bandidos armados en su territorio. Nuestros países siguen siendo víctimas de actos de agresión y desestabilización lanzados por Sudáfrica, por medio de bandidos armados que recluta, entrena, financia, equipa y envía. Esto lo hace a pesar del hecho de que Sudáfrica se ha comprometido a respetar la soberanía, la independencia y la integridad territorial de nuestros países.

Al violar la letra y el espíritu de los instrumentos a que ha adherido, Sudáfrica, al persistir en sus actos de agresión contra nuestros países y al afirmar públicamente que sus fuerzas de agresión probablemente continuarán con sus actos bárbaros y finalmente ocuparán cualquier Estado vecino, ese país, más que nunca, ha dado prueba de que no puede haber paz en el África meridional a menos que se erradique totalmente el apartheid.

Se ha puesto de manifiesto que el régimen de apartheid ya no puede manejar la situación crítica que predomina dentro del país. La lucha del pueblo sudafricano es irreversible. La adopción por el régimen de más y más medidas represivas es solamente un intento desesperado de controlar lo incontrolable. Sudáfrica se ha vuelto ingobernable. Cuanto más reprime al pueblo, más ayuda el régimen a aumentar el odio por el apartheid. El hecho de que los africanos de todo color y raza, enfrentan con las manos vacías a la policía y al ejército, es un acontecimiento de gran significado.

Ninguna fuerza bajo el sol puede impedir que el pueblo de Sudáfrica se libere de la brutalidad, la explotación y la opresión.

Creemos que esta es una oportunidad excepcional para que la comunidad internacional ejerza más presión sobre el régimen para que abandone su política de apartheid.

Por su parte, la República Popular de Mozambique continuará prestando su apoyo moral, político y diplomático al African National Congress (ANC) en la lucha por una sociedad libre, no racial y democrática en Sudáfrica.

Para concluir, permítaseme sumar mi voz a la de la comunidad internacional para encomiar a los países que han adoptado medidas positivas contra el régimen racista. Aunque de alcance limitado, esas medidas han dado buena muestra de la vulnerabilidad del régimen. Su ejemplo es muy apreciado por el pueblo oprimido de Sudáfrica así como por los pueblos de la región. Esperamos que estas medidas inspiren a otros países a actuar en consecuencia.

Sr. BERRAIES (Túnez) (interpretación del francés): La Asamblea General, inicia, una vez más, el examen de la política del apartheid.

Una vez más, los oradores que representan los más diversos países y regímenes se van a suceder en esta tribuna para marcar, fustigar y condenar en los términos más enérgicos y severos, un sistema amoral y anacrónico que subleva nuestra conciencia.

Una vez más se va a pedir a las Naciones Unidas que asuman plenamente las responsabilidades que les confiere la Carta y que tomen medidas eficaces y prácticas que puedan llevar a Pretoria a cambiar fundamentalmente su política.

Una vez más, sin embargo, nos tememos que al igual que en el pasado nuestros llamamientos no tengan eco.

Los métodos y las atrocidades del apartheid son suficientemente conocidos. Las Naciones Unidas se han ocupado de ellos desde 1948. Desde entonces, en sucesivos períodos de sesiones, los ha condenado sistemáticamente.

Treinta y siete años de llamamientos a la razón, de advertencias, de presiones y de condenas no han llevado al poder blanco de Sudáfrica a modificar sus opciones políticas, sociales y económicas. Pretoria sigue siendo hoy uno de los dos países en donde la discriminación racial es el principio fundamental de la política del Estado, el único donde las violaciones de los derechos humanos están inscriptas en la Constitución.

A pesar de estas diversas resoluciones de las Naciones Unidas, entre ellas la 418 (1977) y la 558 (1984) del Consejo de Seguridad, que imponen sanciones obligatorias limitadas, el apartheid sigue de pie, siempre soberbio, siempre dominante, tanto dentro de sus fronteras - donde oprime y humilla a 24 millones de negros, mestizos e indios - como en el exterior, donde aplica la estrategia de la tensión, la amenaza y la agresión, para imponer sus diktats al conjunto de sus vecinos.

El examen de la cuestión durante este período de sesiones, que se realiza bajo el lema de "Las Naciones Unidas por un mundo mejor", daba lugar a ciertas esperanzas.

Pero es este momento solemne, cuando la comunidad de las naciones celebra el cuadragésimo aniversario de la fundación de las Naciones Unidas, es este momento preciso el que el Gobierno de Botha ha elegido para tratar nuevamente de asesinar la esperanza al ejecutar al militante Benjamin Moloise. Este "asesinato judicial", como lo ha calificado la Organización de la Unidad Africana (OUA), perpetrado a pesar de los pedidos de clemencia de distintos orígenes, confirma que, contrariamente a las predicciones optimistas de algunos, Pretoria ni piensa apartarse de su intransigencia ni, en consecuencia, enmendarse. Más aun, estos últimos meses, ante una resistencia que se intensifica día tras día, ha multiplicado los atropellos y reforzado la represión.

En el año transcurrido más de 700 personas - entre ellas numerosos niños - han sido muertas, centenares de otras han sido heridas y millares perseguidas y encarceladas. Son incontables los procesos políticos iniciados en virtud de la pretendida acusación de "crimen de alta traición", mientras que sigue en vigor el Estado de emergencia implantado el 20 de julio de 1985.

Gallarda y valerosamente, pese al régimen de terror y la represión brutal, la población negra responde al desafío. El movimiento de rechazo al apartheid se amplía en el conjunto del país. Las manifestaciones, las huelgas y los actos de resistencia se extienden como una mancha de aceite. Enfrentando a una policía siempre pronta para disparar, los militantes con las manos vacías no titubean en llegar hasta el sacrificio supremo.

Lo que sucede hoy en esta parte atormentada de nuestro continente debe hacer reflexionar y llevar a unos y a otros a asumir sus responsabilidades, antes que sea demasiado tarde.

Es cierto que últimamente, empujados por la opinión pública, algunos de los que comercian con Sudáfrica han acentuado su presión sobre ella. Pero, se trata siempre, a nuestro juicio, de medidas a medias. Es indispensable que los que puedan hagan más.

Debemos reconocer que si Pretoria persiste en su actitud intransigente, si no vacila en exhibir a los ojos del mundo un sistema de Gobierno de inspiración nazi, es porque está convencida de que sus protectores le aseguran la impunidad. Por otra parte, sin su apoyo incondicional no habría podido perpetuar el apartheid.

Los que preconizaron el método de la persuasión deberían hoy rendirse ante la evidencia. El apartheid no puede reformarse, debe ser destruido, y lo antes posible. La responsabilidad que les incumbe por lo que ocurre hoy y, sobre todo, por lo que ocurrirá mañana es grande. Cabe preguntarse cuántos nuevos crímenes deberán perpetrarse, cuántas víctimas inocentes deberán ser sacrificadas, cuánta sangre deberá verterse, antes que su conciencia les dicte el deber de actuar realmente para poner fin al apartheid, ese crimen de lesa humanidad.

¿No se presentan, acaso, como los campeones en la defensa de los derechos humanos? ¿Podemos aceptar que se defienda a algunas personas menos que a otras como consecuencia del color de su piel o de que pertenezcan a un área de civilización y de cultura diferente del mundo y de los valores occidentales? ¿Es acaso moral que se proteste contra las violaciones de los derechos humanos solo cuando ello conviene o se trata de señalar con el índice a una Potencia enemiga?

Las víctimas de la opresión de Sudáfrica están cansadas de discursos y de promesas, así como del desajuste que media entre las palabras y los hechos. No podrá haber soluciones para los problemas que enfrentamos si se dice una cosa contraria de lo que se piensa.

Túnez formula un llamamiento solemne al Consejo de Seguridad y, en particular, a sus miembros permanentes a fin de que tomen conciencia de sus responsabilidades históricas. Formula así un llamamiento en favor de sanciones globales y obligatorias, de conformidad con el Capítulo VII de la Carta. Al hacerlo, les pide que acepten sacrificar ventajas económicas a corto plazo en beneficio del interés general, quedando entendido que el interés general no puede menos que coincidir con sus intereses permanentes y a largo plazo.

Los dirigentes nacionalistas de Sudáfrica, entre ellos el African National Congress (ANC), al que Túnez reafirma su pleno apoyo, y los jefes de Estado del Africa meridional, al igual que las poblaciones, están dispuestos, por su parte, a soportar las consecuencias de las sanciones económicas globales. El Presidente Abdou Diouf, Presidente en ejercicio de la Organización de la Unidad Africana (OUA), que acaba de efectuar una recorrida por la región, nos transmitió hace apenas unos días su mensaje ante esta Asamblea.

De esta manera, no se podrá explicar en el futuro que no se recurre a las sanciones globales y obligatorias con el argumento falaz según el cual tales sanciones tendrían consecuencias perjudiciales para la población negra, cuya condición es ya precaria.

Esta población, que no ha dudado en ofrecer sus pechos desnudos a las balas de la policía de Botha, podrá aceptar más privaciones aún. Comprende, en fin, que el apartheid no es una fatalidad que haya que aceptar con resignación, como comprende asimismo que esencialmente con sus propias manos dará forma a la sociedad libre y democrática de la Sudáfrica del mañana.

El cambio es inevitable y nada va a detener el curso irreversible de la historia, sobre todo sin el apoyo incondicional del otro régimen racista instalado en Tel Aviv. La colaboración entre dos Potencias, que Israel trata de minimizar por razones de índole política vinculadas con su ofensiva de encanto en Africa, alcanza a los ámbitos más diversos: nuclear y militar, económico y comercial, cultural y deportivo. Israel mantiene paralelamente el mismo tipo de relaciones con los bantustanes.

El informe especial del Comité Especial contra el Apartheid, del 14 de octubre de 1985, descubre el velo sobre la amplitud de la alianza entre Pretoria y Tel Aviv, así como acerca de los riesgos que ello representa para la paz. La delegación de Túnez desea felicitar muy sinceramente al General Joseph N. Garba, Presidente del Comité Especial contra el Apartheid, por la labor realizada. Desea citar al respecto parte del mensaje enviado por Su Excelencia el Sr. Robert Mugabe, Primer Ministro de Zimbabwe, a saber:

"Este crimen aborrecible (el apartheid) no se limita, desde luego, al continente africano. De hecho, la doctrina del sionismo es tan peligrosa y racista en concepto como el apartheid y constituye la verdadera causa del conflicto en el Oriente Medio de la misma manera que el apartheid constituye la causa central del conflicto y la tensión en Sudáfrica y en toda la región.

Nada demuestra ni prueba más claramente la afinidad entre el sionismo y el apartheid que el nivel innegable y cada vez mayor de cooperación política, militar y económica entre los boers y los sionistas, que constituye una verdadera alianza impía." (A/40/22/Add.2, párr. 5)

Las aspiraciones de los pueblos a la libertad, a la igualdad, a la democracia y a la justicia no pueden sofocarse indefinidamente. Por esta razón, el pueblo sudafricano de color recuperará su dignidad. Esperamos que ello se logre sin más derramamientos de sangre y sin grandes traumatismos. Ello dependerá en gran parte de la actitud de aquellos que disponen de los medios para presionar a Botha.

Si decidieran actuar de conformidad con el sentido de la historia podría lograrse que Botha levantara el Estado de emergencia, derogara la legislación represiva y liberara a Nelson Mandela y a todos los prisioneros políticos. Deberían iniciarse, además, negociaciones francas y leales entre los diferentes componentes de la sociedad sudafricana, aboliendo el sistema de apartheid y promulgando reformas decisivas.

Si no se acepta la solución que dicta la razón, las poblaciones de Sudáfrica, que han decidido levantar la cabeza, no podrán seguir ofreciendo sus pechos desnudos a las balas racistas. Deberán resistir y defenderse. Sería a la vez irónico e inicuo que esta población, en nuestros días martirizada y asesinada a sangre fría, fuese tratada de terrorista en un futuro no lejano, una vez que haya evolucionado la situación, por los mismos que hoy le tienen lástima únicamente por haber decidido defenderse y devolver golpe por golpe.

Es necesario hallar una solución sabia que contribuya a rehabilitar de buena medida a la Organización, víctima en verdad, especialmente de la falta de voluntad de algunos de sus Miembros. Ello permitiría que en este cuadragésimo aniversario, tal como lo espera el Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, pudiésemos tener un nuevo punto de partida.

Sr. McDONAGH (Irlanda) (interpretación del inglés): Mi delegación se asocia plenamente con los sentimientos expresados ayer en esta Asamblea por el representante de Luxemburgo, quien habló en nombre de los Diez Estados Miembros de las Comunidades Europeas, así como de España y Portugal, al condenar la política de apartheid practicada por el Gobierno de Sudáfrica. Mi propósito es subrayar ciertos aspectos de nuestro enfoque del apartheid que han sido expresados por sucesivos representantes irlandeses en este debate desde que nuestro país ingresó a las Naciones Unidas a finales de 1955.

En este foro hemos destacado constantemente la profunda repugnancia del Gobierno y del pueblo de Irlanda ante la política de discriminación racial institucionalizada que ejecuta la Sudáfrica blanca. Hemos condenado permanentemente esta política por ser moralmente errada, políticamente peligrosa y por contradecir directamente los valores fundamentales que defendemos, así como las aspiraciones y propósitos de las Naciones Unidas y de su Carta. Durante años la delegación de mi país ha expresado nuestro temor de que el efecto combinado de las medidas represivas de Sudáfrica sólo podía terminar siendo explosivo. Trágicamente, esos temores se han visto totalmente justificados.

Ha quedado bien en claro, dada la situación de Sudáfrica en rápido deterioro, que no hay manera fácil de lograr un cambio allí. La declaración del estado de emergencia por parte del Gobierno de Sudáfrica en ciertas regiones - lo que en realidad se traduce en la aplicación de una gama de medidas represivas y brutales -, no puede sino añadir un factor más a las perturbaciones que el régimen trata de calmar e inevitablemente tiende a transformar lo que es una oposición negra, en su gran mayoría moderada, en una fuerza violenta. En efecto, los dirigentes de los negros se ven obligados a pasar a la clandestinidad, la sociedad es polarizada; por sobre todo, se enajena constantemente a la juventud negra y se la alienta, por la violencia del régimen, a recurrir a la resistencia violenta.

Las víctimas y los opositores del apartheid dentro de Sudáfrica han demostrado, a nuestro juicio, gran paciencia frente a provocaciones extraordinarias. Se les ha impedido permanentemente trabajar en pro de cambios constructivos del sistema por medios pacíficos. Los esfuerzos por razonar y persuadir fueron tratados con represión brutal. Si ahora se encaminan hacia los medios violentos, lo hacen por una sensación creciente de desesperanza.

Mi Gobierno no puede condonar esa violencia, pero podemos comprender la sensación de frustración amarga de la que surge. Tenemos profunda simpatía por aquellos que en Sudáfrica son víctimas de la represión debido a su color o a sus creencias políticas declaradas. Los presos políticos que se encuentran en las cárceles sudafricanas son testimonio viviente de los ideales de democracia y justicia que son incompatibles con las políticas del Gobierno de Sudáfrica.

Cada semana que pasa se pierden más oportunidades de una transición pacífica a una sociedad justa y equitativa en Sudáfrica que se base en la igualdad de todo su pueblo. Al igual que en otros momentos de la historia, aquellos que están en el poder no parecen tener la sabiduría de iniciar los cambios necesarios para hacer frente a los acontecimientos que se van desarrollando; parecen imaginar que aferrándose a posiciones largamente mantenidas podrán atravesar la tormenta que se avecina.

El mito que inspira a un pueblo, modelado por su historia y por su propia interpretación de ésta, naturalmente no puede sacudirse fácilmente. No tenemos ilusiones que pueda introducirse fácilmente el cambio en un sistema tan profundamente enraizado como el apartheid, establecido por una comunidad con un fuerte sentido histórico de su propia identidad y un mito profundamente arraigado de pertenencia histórica, un pueblo que es autóctono de Sudáfrica y que no puede mirar hacia otra patria. Sin embargo, no se puede permitir a los afrikaaners, orgullosos como son de su historia y de sus realizaciones, que argumenten a partir de ese pasado que ellos y el resto de la Sudáfrica blanca tiene un derecho otorgado por Dios a dominar a la mayoría con la que comparten el país.

En la Sudáfrica de hoy sólo puede haber una respuesta a quienes discurren en pro del derecho de un grupo racial a mantener su dominio permanente sobre los demás. Es que si bien las diversas tradiciones culturales debieran, por supuesto, hallar expresión en toda sociedad pluralista, Sudáfrica, sus riquezas, sus recursos y sus grandes posibilidades pertenecen a todos quienes viven allí. Si un grupo - que además es minoritario - lo niega y sigue monopolizando el poder e imponiendo sus teorías raciales a una mayoría en rápido crecimiento, en definitiva deberá pagar el precio de su propia insensatez. Todo el pueblo de Sudáfrica sufrirá; todos tendrán algo que perder, y los efectos desastrosos podrán difundirse mucho más allá de la misma Sudáfrica.

Ha habido sugerencias de reforma pero no existe por cierto una evidencia clara de cambios sustanciales. Las tan ponderadas disposiciones constitucionales, que extienden derechos políticos a los mestizos y los indios, fueron una farsa. Estamos convencidos de que la nueva Constitución no fue sino un intento de alentar el acatamiento de los mestizos y los indios con exclusión de la mayoría negra del proceso político y, por lo tanto, un esfuerzo por arraigar aún más el sistema de apartheid. A nuestro juicio es un ejemplo de cómo Sudáfrica ha dado vuelta a su política a lo largo de los años en su intento de contrarrestar y mitigar la indignación en aumento de la comunidad mundial. Esta es una evidencia más de que Sudáfrica nunca ha estado en pro de la justicia; sólo ha estado ganando tiempo; tiempo para adaptarse y para asegurar la supervivencia de la vieja política en circunstancias nuevas.

El movimiento reciente dentro del sistema de Sudáfrica, por lo que puede verse, parecería ser sólo el resultado de una transacción entre los partidarios de una línea de dureza extrema y aquellos un poco menos extremistas; entre los que quieren dar apariencia de racionalidad a la intrincada red de leyes y reglamentos que constituye la estructura del sistema de apartheid y aquellos que siguen esperando retener ese sistema en su irracionalidad plena e impenitente. En ningún caso ha habido un compromiso claro e inequívoco del Gobierno de Sudáfrica de abandonar el apartheid e iniciar un diálogo político serio con los dirigentes de la comunidad negra.

Hoy la Sudáfrica bajo el apartheid sigue siendo una sociedad donde se violan sistemáticamente los derechos humanos; donde se impone violentamente el dominio de la minoría; donde se obstaculiza implacablemente la libertad de expresión política; donde se niegan constantemente los derechos políticos básicos; donde la dignidad del ser humano es desafiada diariamente; y donde, para la mayoría de la población, la desigualdad y las desventajas no son algo accesorio sino esencial en todos los aspectos de su vida.

Quizás el ejemplo más notorio de las desigualdades impuestas por el sistema de apartheid lo constituya la política de los bantustanes o el establecimiento de los denominados territorios patrios. Irlanda se ha sumado constantemente a la comunidad mundial para condenar la política de los bantustanes y se ha negado a dar reconocimiento o carácter de legitimidad a los llamados territorios patrios.

En el campo económico la gran discrepancia entre el tratamiento de los trabajadores negros y los blancos sigue siendo un ejemplo cotidiano de discriminación y una indicación clara de la indiferencia del Gobierno de Sudáfrica en lo que se refiere al bienestar económico y social de la mayoría. Es indignante que los trabajadores negros de Sudáfrica - clave para la prosperidad del país - sean víctimas de una discriminación generalizada como resultado de una serie de políticas creadas por el Gobierno que ha cosechado tantos beneficios de su trabajo.

En este mundo tenso y perturbado hay demasiados sistemas políticos y sociales que son injustos y opresivos. La Sudáfrica del apartheid, sin embargo, es singular. Es más que una sociedad donde se violan sistemáticamente los derechos humanos: es un desafío conceptual a la propia base de estos derechos; es una organización política oficial y explícitamente basada en la raza, y por ello es una sociedad racista en el sentido estricto de la palabra. Este aspecto central del sistema de apartheid - el tomar la raza y la teoría racista como principio político fundamental para toda una sociedad - es lo que lo distingue de los otros sistemas donde existen violaciones de los derechos humanos.

Construir toda una sociedad en la que el principio fundamental es que los derechos dependen de la raza, como lo hizo Sudáfrica, es transgredir la propia esencia de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Hacer que el color de la piel determine por ley y decreto los derechos políticos, económicos, sociales y civiles de un individuo en su propio país constituye un desafío a la premisa fundamental que la comunidad internacional se ha esforzado durante 40 años por establecer y cuyas raíces se remontan a los comienzos de la civilización humana. Este desafío es mucho mayor debido a que el sistema de apartheid ha crecido y se ha desarrollado paralelamente con los esfuerzos internacionales tendientes a elaborar principios de derechos humanos y a garantizar que sean aceptados y cumplidos universalmente.

Mientras la comunidad internacional en su conjunto, aunque de manera imperfecta, se esfuerza por definir mejor y aceptar con mayor amplitud los principios de los derechos humanos sobre la base de la igualdad, la Sudáfrica blanca se ha esforzado durante el mismo período por elaborar y desarrollar el laberinto de detalles del sistema de apartheid como si pretendiera mofarse de esos principios y desafiarnos, precisamente cuando la comunidad mundial se halla en el proceso gradual de aceptarlos y defenderlos. Esto es lo que justifica la preocupación insistente y constante de la comunidad mundial en lo que respecta al apartheid, por ineficaces que sean sus esfuerzos por defender los derechos humanos en otras partes. Eso explica el sentimiento profundo contra el apartheid que prevalece en países como el mío.

Como cuestión de política, Irlanda no mantiene relaciones diplomáticas con Sudáfrica. No hay acuerdos culturales entre Irlanda y Sudáfrica. No hay inversiones públicas irlandesas en Sudáfrica. El Gobierno no alienta relaciones comerciales o económicas con Sudáfrica. A este respecto, el Ministro de Salud publicó en septiembre de 1984 una directiva para garantizar que ningún organismo de salubridad irlandés comprara productos de origen sudafricano o estableciera relaciones comerciales o de otro tipo con organismos sudafricanos. No hay compañías irlandesas que tengan filiales en Sudáfrica y, por ende, ninguna tiene que presentar informes de conformidad con el Código de Conducta de la Comunidad Económica Europea.

Irlanda apoya el principio de la no discriminación en los deportes. Por lo tanto, el Gobierno hace lo posible por impedir los contactos deportivos internacionales entre Irlanda y Sudáfrica y se niega a dar ayuda financiera a organizaciones deportivas irlandesas que mantengan contactos con Sudáfrica. El Gobierno también ha impedido que equipos de Sudáfrica participen en competencias deportivas en Irlanda.

Irlanda piensa también que es importantísimo promover una asistencia humanitaria y jurídica a quienes se ven perjudicados por las leyes discriminatorias de Sudáfrica y brindar ayuda a sus familiares y a los refugiados provenientes de Sudáfrica.

En 1985 nuestra asistencia al Fondo Fiduciario de las Naciones Unidas para Sudáfrica y al Programa de las Naciones Unidas de Enseñanza y Capacitación para el Africa Meridional alcanzará la cifra de 50.000 libras irlandesas.

Nuestro programa de ayuda bilateral se ha ampliado para que las organizaciones no gubernamentales de Sudáfrica que beneficien a los que padecen la discriminación del apartheid reciban asistencia de nuestro programa de cofinanciación para organizaciones no gubernamentales. La primera asignación hecha bajo esta partida ya ha sido aprobada para su pago, y hay otros proyectos que se encuentran ahora sometidos a examen.

Irlanda también contribuye a engrosar fondos que proporcionan asesoría jurídica en los juicios de orden político que tienen lugar en Sudáfrica. A este respecto hicimos una asignación este año de 10.000 libras irlandesas al Fondo Internacional de Ayuda y Defensa para el Africa Meridional (FIADAM), cuyo objetivo es ayudar, defender y rehabilitar a las víctimas de las leyes injustas y de los procedimientos arbitrarios y represivos de Sudáfrica, prestar apoyo a sus familias y a los acusados y mantener despierta la conciencia del mundo en relación con los problemas en cuestión. Hemos contribuido también 4.000 libras irlandesas al Fondo Asingeni del Consejo Sudafricano de Iglesias, cuyos propósitos son similares a los del FIADAM.

Sin embargo, algunas de las víctimas del apartheid residen ahora fuera de Sudáfrica en carácter de refugiados. Irlanda ha recibido a través de los años numerosos de estos refugiados para que reciban capacitación en desarrollo económico y social bajo los auspicios de programas de organizaciones internacionales, sobre todo de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). La expansión de nuestra colaboración con la OIT está siendo examinada a fin de participar en el programa de ese organismo en contra del apartheid.

Muchos refugiados sudafricanos, naturalmente, han encontrado asentamiento en Tanzania, Zambia y Lesotho, países que reciben asistencia bilateral irlandesa. En el desarrollo de nuestros programas de ayuda a estos países examinaremos por supuesto la posibilidad de incluir proyectos destinados concretamente a ayudar a algunos de estos refugiados.

A fin de ayudar a mantener la presión internacional en pro de la abolición del apartheid, Irlanda contribuye al Fondo Fiduciario de las Naciones Unidas para la Publicidad contra el Apartheid. Asimismo, para que el pueblo irlandés esté lo más informado posible de la realidad del apartheid, se ha decidido incluir al apartheid como tema en el programa de educación sobre el desarrollo que organizan conjuntamente organizaciones no gubernamentales irlandesas y el Departamento de Relaciones Exteriores de Irlanda.

Sin embargo, mi Gobierno está firmemente convencido de que las protestas individuales de los Estados y sus actos unilaterales difícilmente tendrán efecto alguno de persuadir a quienes detentan el poder en Sudáfrica de que deben enfrentar la realidad. Con objeto de aumentar la presión en favor del cambio sobre el Gobierno sudafricano, ya hemos convenido - de conformidad con nuestros asociados europeos - en aplicar una serie de medidas elaboradas en Luxemburgo el 10 de septiembre pasado. Sin embargo, por encima de todo esto, mi Gobierno es uno de los que prefieren tomar medidas en forma organizada con la participación de la comunidad internacional en su conjunto, a fin de ejercer una presión constante sobre la Sudáfrica blanca para que cambie sus políticas desastrosas. Junto con otras delegaciones que opinan lo mismo, Irlanda patrocinó en consecuencia el proyecto de resolución sobre la acción internacional concertada para la eliminación del apartheid, que se aprobó por mayoría abrumadora de esta Asamblea durante su trigésimo noveno período de sesiones.

Por sombrías que se presenten las perspectivas, pensamos que es importantísimo que toda la comunidad internacional siga buscando la manera de lograr que Sudáfrica se dé cuenta de los peligros de su actitud actual antes de que sea demasiado tarde. Esto requiere la determinación de la comunidad internacional de no basarse solamente en exhortaciones sino de aumentar también considerablemente la presión que se ejerce desde el exterior sobre Sudáfrica para propiciar un cambio. Irlanda ha indicado con frecuencia en esta Asamblea y en otras partes que está a favor de que el Consejo de Seguridad imponga sanciones obligatorias y graduales contra Sudáfrica, seleccionadas cuidadosamente y que sean aplicadas plenamente por todos.

En particular, pensamos que el actual embargo de armamentos debe robustecerse y controlarse con mayor cuidado, que debe imponerse oficialmente un embargo de petróleo obligatorio y que deben prohibirse los préstamos y las nuevas inversiones destinados a Sudáfrica.

Al examinar la situación actual en Sudáfrica, no es fácil ser optimista sobre el futuro de ese país. Un sistema político que ha mantenido a Nelson Mandela en la cárcel durante más de 20 años, que ha hecho tanto por obstaculizar y, por lo tanto, radicalizar a los que han buscado el cambio por medios pacíficos, que impone sentencias de muerte tan a la ligera y hace caso omiso de los pedidos de clemencia que le hace prácticamente toda la comunidad internacional y que es responsable de que se dispare contra niños y se usen látigos contra los seres humanos es un sistema que tendrá que enfrentar ulteriormente las consecuencias inevitables de su locura.

Algunos prefieren la violencia para lograr el cambio. Empero, hay muchos que siguen abrigando la esperanza, como nosotros, de que los sudafricanos negros logren cambios importantes por otros medios. Va a producirse un cambio; de eso estamos seguros. La única cuestión consiste en saber si va a producirse ahora que estamos a tiempo, mediante un proceso de ajuste que reconocemos es difícil e importante, o si ha de lograrse únicamente como resultado de un proceso prolongado, peligroso y probablemente sangriento que va a causar inmensos sufrimientos a todos y va a crear mayores peligros que desbordarán las fronteras de la propia Sudáfrica. La opción está en manos de Sudáfrica.

Sra. KAUL (India) (interpretación del inglés): Quisiera comenzar haciendo llegar desde esta tribuna un saludo al pueblo valiente de Sudáfrica que libra una lucha épica por la liberación de la opresión racista y por su dignidad humana.

Nuestros sentimientos de hoy son de angustia y, a la vez, de orgullo. Nuestra angustia, nuestra frustración y nuestra indignación provienen de la terrible situación que atraviesan las masas oprimidas de Sudáfrica, que durante tantos decenios ha sufrido la degradación inhumana, la humillación y la represión a manos de sus amos racistas. Que el azote del apartheid - declarado hace mucho tiempo como crimen de lesa humanidad - todavía persista, 40 años después de la creación de las Naciones Unidas, es de por sí una triste reflexión sobre esta Organización, que en el propio preámbulo de la Carta reafirmó la fe de la humanidad en la dignidad y el valor de la persona humana y en los derechos iguales de hombres y mujeres y de naciones grandes y pequeñas.

Como india, les dirijo hoy la palabra también con un orgullo especial. Mi país tuvo el privilegio de señalar a la atención internacional el problema del racismo en Sudáfrica al presentar una denuncia a la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1946. Ese mismo año, impusimos voluntariamente sanciones generales contra Sudáfrica, mucho antes de que estas medidas fueran recomendadas por las Naciones Unidas. Ciertamente, nuestra asociación con el movimiento de liberación de Sudáfrica se remonta mucho más allá, en los días en que Mahatma Gandhi, el padre de nuestra nación, forjó el arma política del satyagraha no violento en los asentamientos indios de Durban.

Los dirigentes de nuestro movimiento de liberación nos dijeron que nuestra propia libertad sería incompleta sin la libertad de todos los pueblos que vivían bajo el yugo colonial. Nuestros dirigentes eran hombres apasionados, en particular, en su apego a la causa de la libertad en Africa. Mahatma Gandhi habló en 1946 del vínculo moral entre Asia y Africa. En la Conferencia de Relaciones Asiáticas, celebrada en Nueva Delhi en marzo de 1947, el Primer Ministro de la India, Jawaharlal Nehru declaró:

"Los asiáticos tenemos una especial responsabilidad para con el pueblo de Africa. Debemos ayudarlo a ocupar el lugar que le corresponde en la familia humana. La libertad que preveíamos no se limita a esta nación o a tal o cual pueblo en particular, sino que debe extenderse a toda la raza humana."

Las Naciones Unidas, desde su misma creación, han desempeñado un papel significativo en la lucha mundial contra el aborrecible sistema de apartheid. En efecto, han sido un factor importante para asegurar que el equilibrio de fuerzas se volcara decididamente en contra del régimen racista y en favor del movimiento por la libertad, así como para permitir a este último alcanzar un amplio apoyo internacional de parte de gobiernos y organizaciones. Aunque hasta ahora no han podido lograr la erradicación del apartheid, las Naciones Unidas han podido despertar el interés de la opinión pública mundial respecto de ese mal y para ejercer mayor presión contra quienes lo propugnan. Las Naciones Unidas han contribuido a lograr la unanimidad en torno a tres aspectos: la condena del apartheid, el embargo de armas contra Sudáfrica y la asistencia humanitaria a las víctimas del apartheid. Se ha dado un apoyo abrumador al principio de las sanciones contra el régimen del apartheid y la asistencia a los movimientos de liberación. La legitimidad de la lucha armada ha sido reconocida ampliamente. Estos no son logros pequeños.

El Comité Especial contra el Apartheid ha desempeñado un papel crucial en la formulación de la política de las Naciones Unidas a este respecto. Rindo aquí tributo a este Comité por su dedicación, así como a su distinguido Presidente, por la dirección tan activa que le ha dado. La India, como miembro del Comité Especial, ha aportado su pequeña contribución a la causa.

Nuestra reunión de hoy tiene lugar en un momento crucial en la historia del Africa meridional. El pueblo de Sudáfrica está convulso, la marea de la resistencia masiva contra el apartheid es inexorable e incesante. El apartheid se encuentra de espaldas contra la pared. A las matanzas, mutilaciones, torturas y detenciones sin juicio indiscriminadas ha seguido la imposición del Estado de emergencia por parte del régimen racista, en el paroxismo de un sistema que lucha por escapar a la inevitable extinción. Como lo declararan recientemente los Ministros de Relaciones Exteriores de los Países No Alineados, en Luanda: "Ha comenzado en serio la cuenta regresiva para la caída del apartheid."

La posición de mi país y del Movimiento de los Países No Alineados sobre la cuestión del apartheid y sus males conexos es bien conocida y no es preciso reiterarla. El apartheid es la verdadera antítesis de la humanidad civilizada. Es degradante y aborrecible; es un sistema que se nutre de la violencia y que no puede crear sino violencia; ayuda a un régimen minoritario tiránico a mantener el dominio

sobre la mayoría oprimida. El apartheid es el principal origen de toda la inestabilidad y tirantez que aflige al Africa meridional, ya sea la degradación deliberada del pueblo sudafricano por parte del régimen racista, la constante ocupación ilegal de Namibia por Pretoria, o su agresión y subversión contra los Estados africanos independientes de la región. Pretoria no engaña a nadie cuando profesa reformas o un deseo de coexistencia pacífica con sus vecinos. Su objetivo evidente es afianzar más al gobierno de la minoría racista y establecer la hegemonía sobre el Africa meridional. Pero no tendrá éxito en su empeño. En Durban, en agosto pasado, Botha se refirió a que la camarilla dirigente no estaba dispuesta a suicidarse abriendo sus puertas. El Sr. Botha no se da cuenta de que persistiendo en su actitud miope, él mismo y el sistema que representa están haciendo precisamente eso: suicidándose.

El desafío arrogante de Sudáfrica frente a la voluntad universal ha conquistado el apoyo multiforme de sus poderosos amigos y aliados. Algunos de ellos consideran que Pretoria es un aliado estratégico. Varios de ellos se muestran renuentes a renunciar a sus importantes intereses económicos en Sudáfrica y en Namibia, alimentados como están por el sudor del trabajo de esclavos. Políticas tales como la del compromiso constructivo han fracasado notoriamente; en todo caso, como lo declaró el Obispo Desmond Tutu, estas políticas han sido destructivas en su efecto, acentuando la intransigencia de Sudáfrica. Muchas veces Pretoria se ha protegido de una censura efectiva por el veto emitido en el Consejo de Seguridad.

¿Durante cuánto tiempo nos vamos a negar a aceptar este aviso del cielo?
¿Durante cuánto tiempo podremos ir en contra de la opinión internacional e intentar detener la marea de la historia? A quienes afirman que las sanciones perjudicarían a la comunidad mayoritaria de Sudáfrica, les recuerdo las palabras del eclesiástico negro de Johannesburgo, que dijo: "Cuando se cae una escalera, el hombre que está en la parte superior es el que más perjudicado sale. Las personas que están abajo, escapan con sólo unas ligeras contusiones". También dijo: "Las Potencias occidentales siempre mantendrán y apoyarán al régimen debido a sus inversiones. Ellas tienen más que perder que nosotros en este país. Nosotros no podemos perder más que nuestras cadenas".

Al mismo tiempo, los esfuerzos de muchos gobiernos, incluidos muchos del mundo occidental, son causa de aliento y satisfacción. Comenzando con los países nórdicos en 1966, varios países occidentales han cambiado de rumbo para apoyar las sanciones en principio. Muchos de ellos han adoptado medidas específicas con este fin. En la Cumbre del Commonwealth, celebrada en Nassau la pasada semana, se llegó a un acuerdo sobre una serie de medidas concretas obligatorias para todos sus miembros. También se tomaron acuerdos para supervisar su aplicación.

Igualmente sobresaliente es la aparición impresionante en meses recientes de indignación pública en algunos países occidentales contra el apartheid. Esta campaña concertada goza ahora del apoyo de parlamentarios, de diversas personalidades públicas, de sindicalistas, de prominentes defensores de los derechos civiles y de dirigentes religiosos, actores y animadores, estudiantes y profesores y ciudadanos interesados en general. La campaña a favor de la desinversión también se ha intensificado. La presión sobre Pretoria aumenta continuamente.

Acogemos con satisfacción esos acontecimientos. Instamos a que se aplique todo tipo de presiones. La India y los otros países no alineados están convencidos de que solamente tendrán resultado las sanciones obligatorias generales. Durante muchos años hemos insistido en las Naciones Unidas en que se impongan.

En este cuadragésimo aniversario de la Organización debemos rendir tributo a los heroicos luchadores por la libertad de Sudáfrica. Rendimos tributo a sus grandes dirigentes, al difunto Jefe Albert Luthuli, a Nelson y Winnie Mandela y a otros que han trazado el camino. Rendimos homenaje a los mártires de Sudáfrica - hombres, mujeres y niños - que han hecho el sacrificio supremo y cuya sangre consagrará la libertad que, inevitablemente, tendrá su alba en las generaciones sucesivas de sudafricanos.

Al recibir el Premio Jawaharlal Nehru de Entendimiento Internacional en 1979, y hablando por conducto de su esposa, Nelson Mandela dijo:

"Soy consciente de ser un mero medio del honor que en justicia corresponde a nuestro pueblo y a nuestro país."

Más recientemente, al rechazar la oferta de libertad condicional que le hizo Pretoria, dijo:

"No puedo vender mi derecho congénito. No estoy dispuesto a vender el derecho congénito del pueblo a la libertad. Estoy encarcelado por ser el representante del pueblo. Solamente puede negociar el hombre libre ... No puedo comprometerme ni me comprometeré en un momento en que yo y vosotros, el pueblo, no somos libres. La libertad de ustedes y la mía no pueden separarse. Regresaré."

Nelson Mandela personifica el espíritu de las masas sudafricanas. Ese espíritu es indomable. La llama de la libertad que arde en los corazones del pueblo de Sudáfrica no puede extinguirse. Se aproxima el fin de sus penurias. Como declaró la pasada semana aquí en las Naciones Unidas el Primer Ministro de la India, Sr. Rajiv Gandhi: "Su victoria será nuestra victoria".

Sr. ARCILLA (Filipinas) (interpretación del inglés): El hecho de que el apartheid discrimine y deshumanice es incuestionable. No necesita más explicaciones después de casi 40 años de debates sobre su índole maligna. Tampoco se necesitan más pruebas de que el apartheid mutila y mata. Solamente hay que mirar hacia atrás en el tiempo, a Soweto, Sharpeville, Crossroads y Uitenhage. Contemplar también los casos de violencia casi cotidianos en Sudáfrica. También es evidente que el apartheid debe desmantelarse. Pero, ¿será así? Con arreglo a los indicios, el régimen de Pretoria está dispuesto a derramar más sangre de la mayoría sudafricana para permanecer en el poder.

Antes de que sea demasiado tarde, permítanme compartir con la Asamblea, y en particular con los racistas de Pretoria, lo que el respetado Obispo Desmond Tutu dijo ayer a la hora del almuerzo; algo que algunos de nosotros quizás hayamos pasado por alto, algo que el régimen racista quizá no haya tenido en cuenta hasta ahora. El Obispo Tutu dijo: "Las madres de los oprimidos se están enfadando; realmente se están enfadando".

El significado de lo que dijo el Obispo Tutu es muy evidente; es alarmante. Hay que recordar que se trata de madres que, en virtud de sus instintos naturales, tienen que moderar a sus hijos y a sus maridos para que no participen en la

violencia por temor de que puedan resultar heridos o, lo que es peor, muertos, pues son ellas, estas madres amantes, quienes han de sufrir el dolor insoportable de perder a un ser querido. No quiera el cielo que ellas decidan un día de estos que ya basta. No hace falta mucha imaginación para pensar el poder que desencadenaría su ira. Ciertamente, se produciría una carnicería. Y esta vez también se derramaría la sangre del hombre blanco.

Como todos debemos convenir, esta es una situación que hay que evitar a toda costa. Por lo tanto, la comunidad internacional debe actuar ahora, especialmente los países que están en mejor situación para influir en los racistas de Pretoria. El tiempo no está de nuestra parte. Ni está de parte de quienes, inevitablemente, morirán por su justa lucha. Nosotros, en la comunidad internacional, no sólo compartiremos el dolor y el pesar de quienes queden atrás; también seremos responsables en parte por su pérdida.

Sr. NYAMDOO (Mongolia) (interpretación del ruso): La Asamblea General aborda el examen de la cuestión de la política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica en momentos en que el régimen racista de Pretoria incrementa su represión, multiplica sus asesinatos contra el pueblo oprimido de Sudáfrica y aumenta sus actos de agresión contra los Estados de la línea del frente.

En julio último, el régimen racista, esforzándose en vano por reprimir la creciente resistencia al apartheid, impuso un estado de emergencia en 36 distritos administrativos del país, que permite al ejército y a la policía contar con derechos ilimitados para atacar a todos quienes piden la eliminación del apartheid y el establecimiento de una sociedad democrática y libre.

En los últimos días hemos visto que el estado de emergencia fue extendido a Ciudad de El Cabo y a otros distritos de esa misma región. Como consecuencia de estas medidas, miles de personas han sido muertas o mutiladas.

Según el informe del Comité Especial contra el Apartheid, el año pasado aproximadamente 700 personas resultaron muertas y muchas fueron heridas en distintos enfrentamientos. Miles de personas fueron arrestadas o detenidas. En las seis primeras semanas luego del establecimiento del estado de emergencia - es decir del 21 de julio al 31 de agosto - más de 140 personas fueron muertas y casi 2.500 resultaron encarceladas o detenidas. No pasa un solo día sin una represión masiva contra los combatientes por la libertad, los estudiantes, los sindicalistas, los dirigentes religiosos y otros enemigos del apartheid.

La opinión pública en su conjunto se ha sentido verdaderamente indignada por el reciente derramamiento de sangre y los acontecimientos ocurridos en Langa, que pueden compararse con los actos inhumanos del régimen de Pretoria en Sharpeville y en Soweto, en 1960 y 1976, respectivamente, y también con la ejecución del poeta sudafricano Benjamin Moloisie, que estaba luchando por los derechos civiles.

Ninguna maniobra del régimen racista de Sudáfrica, incluyendo a las llamadas reformas del apartheid, puede modificar la situación actual. Pero este régimen no ha cambiado ni un ápice el sistema de apartheid; básicamente, para los africanos se ha transformado en una represión más severa. No hay duda de que esas reformas sólo tenían el propósito de atenuar la lucha de los movimientos de liberación y debilitar la acción internacional contra la política del régimen de Pretoria.

Dentro del país, el apartheid significa segregación y represión de la población autóctona; en el exterior, significa incursiones agresivas contra los Estados soberanos vecinos. Precisamente por ello Sudáfrica sigue siendo uno de los más peligrosos focos de tirantez internacional. En los últimos meses el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se ha ocupado con frecuencia de los actos de agresión cometidos contra Angola, Botswana y otros Estados de la región. El Consejo de Seguridad ha condenado categóricamente al régimen racista de Sudáfrica por sus constantes incursiones armadas, deliberadas y permanentes contra Angola y Botswana. También ha condenado en sus resoluciones la utilización del territorio ocupado de Namibia como puesto de vanguardia para llevar a cabo actos de agresión y desestabilización. Además, nos preocupa seriamente la creciente cooperación militar y nuclear entre Sudáfrica e Israel, a la que se refiere el informe del Comité Especial contra el Apartheid. Como puede verse allí, Sudáfrica es el principal comprador de armas a Israel; el 35% de las exportaciones israelíes de armamentos, en los últimos años, se ha dirigido a Sudáfrica. Entre otras cosas, Israel ha vendido a Sudáfrica cañoneras y proyectiles Gabriel.

La amplia cooperación entre Sudáfrica y los principales países occidentales, en especial los Estados Unidos de América, sigue este mismo patrón.

Los intentos por perpetuar este vergonzoso régimen de apartheid en Sudáfrica, bajo diversos pretextos, se deben principalmente a los objetivos militares y estratégicos del imperialismo. No es secreto para nadie que sin el apoyo y la ayuda de las Potencias occidentales Sudáfrica no podría continuar burlándose de la comunidad mundial.

El pueblo de Sudáfrica más que nunca necesita el apoyo internacional. Las Naciones Unidas deben tomar medidas decisivas para eliminar el colonialismo y el apartheid de la parte meridional del Africa. En este sentido, mi delegación valora la labor multifacética llevada a cabo por las Naciones Unidas y, en especial, por el Comité Especial contra el Apartheid, que está presidido por el representante de Nigeria, Embajador Garba. La tarea realizada comprende la movilización de la opinión pública internacional en apoyo de la justa lucha del pueblo sudafricano en contra del apartheid.

El Gobierno y el pueblo de la República Popular Mongola han estado constantemente al lado de aquellos que luchan contra el apartheid. Creemos que el futuro de Sudáfrica debe ser decidido por su pueblo. Es deber de los Estados Miembros de las Naciones Unidas colaborar en la justa lucha de ese pueblo contra el régimen de apartheid.*

* El Sr. Arcilla (Filipinas), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Creemos que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas debe adoptar con carácter urgente la decisión de imponer sanciones completas y obligatorias contra Sudáfrica en aplicación del Capítulo VII de la Carta. A nuestro juicio, tal medida obligará a Sudáfrica a renunciar al régimen del apartheid, a retirar sus tropas de ocupación de Namibia y a aplicar todas las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General, en particular la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad, que prevé la concesión de la independencia a Namibia. Exigimos que se levante el estado de emergencia y se libere de las cárceles sudafricanas a todos los presos políticos y combatientes por la libertad, en primer lugar, al valeroso hijo del pueblo sudafricano, Nelson Mandela.

La amplitud y la intensidad de las protestas en Sudáfrica ponen de manifiesto que ninguna represión o violencia podrán detener la lucha del pueblo sudafricano por la creación de una sociedad unida y democrática en su país.

Sr. NOWORYTA (Polonia) (interpretación del inglés): Los acontecimientos de los últimos meses en Sudáfrica han demostrado otra vez con amplitud - aunque ya no era necesario - la mala voluntad del régimen racista de Pretoria. El año pasado nuestra delegación, al mismo tiempo que prestó su apoyo a la resolución 554 (1984) del Consejo de Seguridad, del 17 de agosto de 1984 - que rechazó la llamada nueva constitución de Sudáfrica y la declaró contraria a los principios de la Carta de las Naciones Unidas -, advirtió que el apartheid no podía ser reformado y que el fraude constitucional estaba destinado a consolidar más el dominio minoritario y a engañar a la opinión pública, tanto en Sudáfrica como en el resto del mundo.

Lamentablemente, nuestras aprensiones estaban muy bien fundadas. En los últimos meses el nivel de violencia, represión policial y brutalidad contra la mayoría negra se ha intensificado a un ritmo aterrador. El mundo se ha indignado por las atrocidades cometidas en Sudáfrica, en especial después de haberse impuesto allí el estado de emergencia. Hemos visto aun más detenciones, más arrestos, más desapariciones, más torturas y más muertes. La opinión pública mundial expresa su profunda indignación por el asesinato legal de Benjamin Moloise, ejecutado pese a

los reiterados llamamientos de clemencia de la comunidad internacional, incluyendo los de la Asamblea General, del Consejo de Seguridad y del Secretario General de las Naciones Unidas. Fue uno de los cientos de víctimas asesinadas por los escuadrones de la muerte recién formados por el régimen del apartheid, cada vez más desesperado y malvado.

Al mismo tiempo el régimen de Pretoria, desdeñando la opinión pública internacional, ha seguido cometiendo actos de agresión contra los Estados independientes de la región y ha invadido a Angola, asesinando civiles y destruyendo la infraestructura del país. El régimen aún se niega a poner fin a su ocupación ilegal de Namibia y, en cambio, ha emprendido la instalación de otro gobierno títere más en Windhoek.

Todos los actos del Gobierno sudafricano el año pasado demuestran concluyentemente que su única reacción ante las exigencias nacionales e internacionales de dismantelar el apartheid es reprimir más. Ninguno - ni siquiera los que, por razones que ellos conocen mejor que nadie presumiblemente creyeron que se podía cambiar al régimen de Botha y quisieron ver en las denominadas reformas una evolución gradual y lenta hacia la concesión de los derechos políticos a la mayoría negra -, ya no pueden pretender que los gobernantes de la minoría blanca están orientándose o tomando las primeras medidas en el sentido correcto.

Los actos beligerantes del régimen del apartheid han revelado claramente los efectos contraproducentes de la política de compromiso constructivo. Fue exactamente esa política la que creó un escudo protector para el Gobierno sudafricano contra la presión de la opinión pública internacional. Gracias a él el régimen racista puede reprimir a la mayoría blanca, despreciando e ignorando a la opinión pública mundial y a las decisiones de las Naciones Unidas. La política de compromiso constructivo se ha derrumbado y se encuentra en el aislamiento que merece.

La mayoría negra de Sudáfrica ha demostrado convincentemente que ha pasado la hora de las promesas y de las falsas reformas y que ha llegado el día de las soluciones genuinas. La única base para tales soluciones puede ser el dismantelamiento del apartheid como sistema.

Por otra parte, el régimen de Pretoria no ha dejado dudas de que nunca pensó en introducir cambios o reformas importantes. Los discursos muy pregonados del Sr. Botha del 15 de agosto y del 30 de septiembre, demostraron claramente que su Gobierno no tenía intención de abandonar el apartheid. El desmantelamiento del sistema sólo puede ser resultado de la firme voluntad y de la lucha de la mayoría negra, así como de la presión de la comunidad internacional por intermedio del sistema de las Naciones Unidas.

Esa lucha ha asumido una dimensión nueva en cuanto a su alcance, objetivos, al nivel de organización y, lamentablemente, número de víctimas. La declaración del Obispo Desmond Tutu en la Comisión Política Especial, el lunes 29 de octubre, fue un testimonio vívido en tal sentido. En la nueva situación de Sudáfrica, ya no se puede contener la ira del pueblo y la única solución es la concesión de los derechos políticos plenos a la mayoría negra. Toda nueva demora y las tentativas de aplicar soluciones parciales y falsas sin tener en cuenta a los movimientos de liberación nacional, necesariamente empeorarán las condiciones internas en Africa y amenazarán la paz de la región y del mundo en general. Rendimos un homenaje especial al African National Congress of South Africa (ANC), que durante decenios ha estado luchando heroicamente contra el sistema aborrecible del apartheid. Algunas Potencias occidentales, en especial los Estados Unidos, tendrán una gran responsabilidad por el desarrollo futuro de la situación de la región si continúan con su política con respecto al régimen de Pretoria.

Polonia apoya plenamente la resolución 569 (1985) del Consejo de Seguridad, del 25 de julio de 1985 y exige que Sudáfrica acate sus decisiones sin más demora. Nos solidarizamos con el movimiento contra el apartheid en Sudáfrica y pedimos que se realice una acción internacional concertada para respaldar su justa lucha. También apoyamos las sanciones obligatorias amplias contra Sudáfrica en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

Sr. ENDREFFY (Hungría) (interpretación del inglés): El informe del Comité Especial contra el Apartheid presentado a la Asamblea General en su cuadragésimo período de sesiones señala a la atención del mundo en este aniversario acontecimientos amenazadores que claman por un cambio y una acción conjunta de los Estados Miembros de la Organización mundial para restablecer la paz y la seguridad en la región.

La opresión del pueblo negro por el régimen sudafricano se ha incrementado en forma espectacular este año. Al reprimir la resistencia al apartheid a escala nacional, el régimen racista recurrió a grandes matanzas y detuvo a millares de personas a fin de destruir la oposición. El último año 700 personas fueron asesinadas y millares heridas en choques con las fuerzas de seguridad.

Los intentos de salvar el régimen sudafricano, el estado de emergencia y el terror creciente, los arrestos y las ejecuciones exigen medidas inmediatas de los países del mundo. La sucesión de acontecimientos aciagos demuestra que la intención de actuar por sí misma no basta para conseguir cambios radicales que afecten la esencia del régimen con miras a la eliminación definitiva del apartheid. Lo que se necesita es una acción conjunta y, como primer paso, hay que responder al complicado interrogante de cómo proceder.

Al tratar de salvar su régimen, el Gobierno de Pretoria adopta algunas medidas engañosas que no rozan el fondo del mismo. El sistema parlamentario tricameral que se implantó recientemente no confirió ningún derecho político importante a la denominada población de color que constituye un 10% del total de los habitantes, ni a los negros que alcanzan al 72% de la población del país. Estas "reformas" no tienen nada que ver con el poder político que sigue férreamente en manos de los llamados afrikaners.

La esencia de la dominación blanca y el sistema del apartheid radica, además de la fuerza bruta, en la división de los oprimidos. Entre los medios que utiliza se incluyen medidas como la limitación de movimientos o la creación de nuevos bantustanes.

El poderío militar de Sudáfrica continúa siendo motivo de gran preocupación para la comunidad internacional. El ejército regular, de unos 84.000 efectivos, cuenta con un arsenal que se moderniza con las entregas de armas extranjeras a pesar de las prohibiciones impuestas por las resoluciones del Consejo de Seguridad aprobadas en 1963, 1970 y 1977.

El sistema económico del apartheid ha elaborado su propio mecanismo de explotación, a saber, la colonización interna. El sector modernizado de los blancos creado dentro del país necesita del capital extranjero. Así que la minoría blanca racista concedió a los monopolios internacionales que están interesados en explotar los recursos naturales de la región una participación en la explotación de la mano de obra barata negra.

Es bien sabido que la región del Atlántico Sur tiene gran importancia geoestratégica, dado el interés de las rutas marítimas en torno a Sudáfrica para el transporte de petróleo y materias primas. No es necesario demostrar que los minerales sudafricanos son de importancia económica esencial en vista de la relación que mantienen algunos países occidentales con Sudáfrica sobre la base de la dependencia económica mutua.

A falta de una fuerte presión internacional, el régimen racista de Sudáfrica continuará con su ocupación ilegal de Namibia y su política de agresión armada contra los Estados de la línea del frente. En consecuencia, la delegación húngara apoya toda medida de las Naciones Unidas destinada a eliminar completamente el apartheid y celebra cualquier iniciativa de los países, ya sea individual o colectiva, que traiga como resultado sanciones obligatorias contra la República de Sudáfrica.

Nuestro país, que integra el Comité Especial contra el Apartheid, considera que el sistema del apartheid es un crimen de lesa humanidad y una amenaza a la paz y la seguridad internacionales. Por lo tanto, apoyamos la actividad del Comité Especial en la movilización de la opinión pública mundial contra el régimen racista. Los seminarios, las conferencias y otras reuniones que han sido iniciadas, organizadas o copatrocinadas por el Comité Especial, a nuestro entender han contribuido con éxito a alcanzar esa meta.

El pueblo y el Gobierno de la República Popular Húngara apoyan la lucha del pueblo de Sudáfrica conducida por sus movimientos de liberación. Expresamos nuestra esperanza de que una sociedad justa, no racial y democrática surja pronto en esa parte del continente africano.

Antes de concluir, permítaseme expresar el agradecimiento de mi delegación al General de División Joseph N. Garba, Representante Permanente de Nigeria y Presidente del Comité Especial contra el Apartheid, por su abnegada dirección y su orientación del trabajo del Comité Especial durante el último año. Quiero manifestar también nuestro reconocimiento a todos los integrantes del Centro contra el Apartheid, cuya labor fue tan valiosa para cumplir la tarea del Comité Especial.

Sr. KOR Bun Heng (Kampuchea Democrática) (interpretación del francés):

Este año en que se conmemora el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas, la comunidad internacional está preocupada como nunca y profundamente consternada por la situación explosiva que impera en Sudáfrica, sobre todo desde la implantación del estado de emergencia.

El régimen odioso del apartheid de Sudáfrica ha demostrado a todos que es el origen de las represiones, las muertes y los duelos, las desgracias y los sufrimientos indecibles de la población negra mayoritaria, el origen de las agresiones y los crímenes contra los Estados vecinos y de que se mantenga la ocupación ilegal de Namibia, todo esto con desprecio arrogante de las múltiples resoluciones y decisiones del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General.

Durante el debate general y también durante el período conmemorativo, la política inhumana del apartheid fue objeto de una condena inequívoca. La comunidad internacional considera unánimemente que este sistema del apartheid es la negación de la Carta de las Naciones Unidas y de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Es un crimen de lesa humanidad.

La resolución 39/2, de 28 de septiembre de 1984, de la Asamblea General, reafirma que

"... sólo la erradicación total del apartheid y el establecimiento de una sociedad democrática sin distinciones de raza y fundada en el gobierno de la mayoría, mediante el ejercicio pleno y libre del sufragio de todos los adultos en una Sudáfrica unida y no fragmentada, pueden llevar a una solución justa y duradera de la explosiva situación imperante en Sudáfrica."

(resolución 39/2, párr. 6)

Esta resolución refleja adecuadamente la opinión pública mundial. Sin embargo, en lugar de responder positivamente a esta propuesta, las autoridades racistas sudafricanas se obstinan en aplicar la pretendida nueva Constitución, que ha sido rechazada por el Consejo de Seguridad, por la Asamblea General y por toda la comunidad internacional y, sobre todo, por el mismo pueblo sudafricano que ve en ella simplemente medidas tendientes a perpetuar el odioso sistema de apartheid. Naturalmente, el pueblo sudafricano no puede hacer otra cosa que luchar contra esta nueva Constitución. Para imponerla a la población negra, las autoridades racistas han recurrido, como se esperaba, a sangrientas medidas de represión que han causado innumerables víctimas.

Otro elemento de la política de apartheid del régimen de Pretoria es la bantustanización y los desplazamientos y expulsiones forzosos de los negros sudafricanos. Esta política fue objeto de condena universal. Ningún país ha reconocido los denominados territorios patrios independientes. Esta política fue objeto asimismo de preocupación y de condena por el Consejo de Seguridad, que se reunió en el pasado mes de marzo y aprobó la resolución 560 (1985). En virtud de ella, el Consejo de Seguridad

"Condena enérgicamente al régimen de Pretoria por el asesinato de africanos indefensos que protestaban contra su traslado forzoso de Crossroads y otros lugares." (Res. 560 (1985), párr. 1)

Del mismo modo:

"Condena enérgicamente la detención arbitraria por el régimen de Pretoria de miembros del United Democratic Front y de otras organizaciones de masas que se oponen a la política de apartheid de Sudáfrica." (Ibid., párr. 2)

Esa resolución exige asimismo que el régimen de Pretoria ponga fin a sus actos de represión.

Burlándose de esta resolución, las autoridades racistas cometieron 10 días más tarde el asesinato de 20 personas negras, resultando heridas otras 27 que participaban en un funeral en Uitenhage, el mismo día en que se recordaba el vigésimo quinto aniversario de la matanza de Sharpeville.

La situación actual en Sudáfrica es explosiva. Se intensifican la violencia y las represiones, sobre todo a partir del 20 de julio pasado en que se proclamó el estado de emergencia. Kampuchea Democrática reitera su condenación vigorosa de la imposición de ese estado de emergencia y de los crímenes cometidos por Pretoria y

apoya plenamente la resolución 569 (1985) del Consejo de Seguridad. Desde la proclamación de este estado de emergencia miles de personas han sido arrestadas, detenidas y encarceladas y varios centenares de otras resultaron muertas.

El 18 de octubre último, mientras estábamos conmemorando el cuadragésimo aniversario de nuestra Organización, las autoridades racistas de Sudáfrica hicieron ejecutar al poeta Benjamin Moloise. Lo hicieron con total menosprecio del llamamiento y de las protestas de la comunidad internacional y, sobre todo, del Consejo de Seguridad, de su resolución 547 (1984) y del llamamiento de su Presidente del 20 de agosto último. Constituyó asimismo un menosprecio del llamamiento de nuestro Secretario General y del que dirigiera el Presidente de este cuadragésimo período de sesiones de la Asamblea General. El nombre de Benjamin Moloise se añade a la lista ya extensa de mártires del pueblo sudafricano víctimas de la inhumana política de apartheid. Mi delegación expresa su profunda indignación y su condenación de este nuevo acto inhumano que señala, de por sí, el comienzo del fin del régimen de apartheid.

Mi delegación desea aprovechar asimismo esta ocasión para rendir un homenaje a esos mártires y para reiterar su firme apoyo y su solidaridad fraternal con el pueblo sudafricano en su justa lucha por la erradicación del apartheid y por una Sudáfrica unida, libre y democrática, sobre la base del sufragio universal, una Sudáfrica en la que el derecho y la dignidad del hombre se respeten sin distinción del color de la piel.

Mi delegación está completamente convencida de que nuestra Asamblea General no dejará de condenar en los términos más firmes este estado de emergencia, exigiendo que se lo levante de inmediato en forma incondicional y total. Las autoridades sudafricanas deben poner fin de inmediato a estas represiones sangrientas, liberando sin demora a todos los oponentes al apartheid.

Todos los años desde esta tribuna repetimos - y nunca será demasiado - que siguen siendo muy graves la tensión y la inestabilidad de la región del Africa meridional, engendradas por la política del régimen racista de Pretoria.

El año último fue el Reino de Lesotho; este año fue la República de Botswana que, en el pasado mes de junio, resultó víctima de una agresión injustificada y no provocada que Sudáfrica cometió contra su capital. El Gobierno de coalición de Kampuchea Democrática se une a la comunidad internacional para condenar esta agresión. Mi delegación desea reiterarla y expresar su apoyo a Botswana en la

defensa de su independencia y de su integridad territorial. Suscribimos por completo las resoluciones 568 (1985) y 572 (1985) del Consejo de Seguridad relativas a este acto de agresión. Condenamos asimismo los actos de agresión, provocación, hostigamiento y desestabilización del régimen racista de Pretoria contra los demás Estados africanos vecinos.

Namibia sigue todavía bajo la ocupación ilegal de las autoridades racistas de Sudáfrica. Nuestra Asamblea General y el Consejo de Seguridad han adoptado diversas resoluciones en virtud de las cuales se exige a Sudáfrica que ponga fin sin demora a esa ocupación.

Sin embargo, las autoridades de Pretoria, en lugar de dar una respuesta positiva a esa exigencia, han recurrido a las tácticas dilatorias proclamando en el pasado mes de junio la instalación de un pretendido gobierno provisional en Namibia. En virtud de su resolución 566 (1985), de 19 de junio de 1985, el Consejo de Seguridad condenó

"al régimen racista de Sudáfrica por haber establecido un "gobierno provisional" en Windhoek y declara que esa medida, adoptada mientras el Consejo estaba reunido, constituye una afrenta directa a él y un claro desafío a sus resoluciones, en particular las resoluciones 435 (1978) y 439 (1978)." (Res. 566 (1985), párr. 3)

En la misma resolución el Consejo de Seguridad declaró

"que esa medida es ilegal, nula y carente de validez." (Ibid., párr. 4)

El Gobierno de Coalición de Kampuchea Democrática, al igual que toda la comunidad internacional, inmediatamente después del anuncio de la instalación de ese pretendido gobierno provisional, condenó y rechazó categóricamente esta nueva maniobra de Pretoria, contraria al espíritu y a la letra de las resoluciones de las Naciones Unidas relativas a Namibia, en especial, la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad, que contiene el plan para la solución pacífica del problema de Namibia.

Permítaseme reiterar el apoyo del pueblo de Kampuchea y del Gobierno de Coalición de Kampuchea Democrática a la lucha del pueblo namibiano bajo la dirección de la South West Africa People's Organization (SWAPO), hasta que Namibia alcance la independencia total.

Deseo aprovechar esta ocasión para expresar las felicitaciones de mi delegación al Comité Especial contra el Apartheid y, sobre todo, a su Presidente, el General Joseph Garba, Representante Permanente de Nigeria, por los esfuerzos continuos que ha desplegado en cumplimiento de su mandato.

Nos felicitamos asimismo de que la lucha heroica del pueblo de Sudáfrica reciba el apoyo cada vez más amplio de la comunidad internacional. El sistema de apartheid no puede ser reformado. Este crimen contra la humanidad sólo puede ser eliminado mediante su erradicación total. Para alcanzar este objetivo, sólo la lucha heroica del pueblo de Sudáfrica, junto con la presión internacional y especialmente las presiones económicas vigorosas, podrá acabar con ese régimen racista. Imbuidos de esta convicción vemos con agrado las medidas adoptadas por los países occidentales tendientes a imponer sanciones económicas contra Sudáfrica. Esas medidas deberían ser más enérgicas y las sanciones más generalizadas. Con este convencimiento, sostenemos de todo corazón la propuesta hecha el 21 de octubre pasado ante esta augusta Asamblea, en nombre de Africa, por Su Excelencia Abdou Diouf, Presidente de la República del Senegal y Presidente en ejercicio de la OUA, de convocar el año próximo una conferencia internacional sobre las sanciones contra Sudáfrica.

Nos incumbe hacer todo lo que esté a nuestro alcance para erradicar el odioso sistema de apartheid. Esta es la condición sine qua non para instaurar en el Africa meridional una zona de paz, seguridad y estabilidad con una Namibia independiente y una Sudáfrica democrática y multirracial, en un continente africano totalmente liberado.

Sr. MACIEL (Brasil) (interpretación del inglés): Al acercarnos a la terminación de nuestra conmemoración del cuadragésimo aniversario, reanudamos nuestro examen de la cuestión del apartheid. Una vez más, hemos escuchado la abrumadora condena sobre las prácticas racistas brutales impuestas a la mayoría negra en Sudáfrica. Hemos renovado nuestro compromiso de combatir la discriminación racial y de observar los principios y objetivos de la Carta. La ocasión, así, es la más apropiada para que indagemos sobre las contradicciones que han impedido la eliminación del apartheid y el establecimiento de una sociedad multirracial en Sudáfrica.

La primera cuestión que se nos plantea se refiere al papel desempeñado por las Naciones Unidas. Muchos son los países que acusan a la Organización de ser ineficaz. Sin embargo, al hacerlo, no se dan cuenta de que las Naciones Unidas sólo pueden reflejar la voluntad política que le han conferido los propios Estados Miembros. Opiniones divergentes sobre la importancia del multilateralismo y una preferencia selectiva por políticas individuales, son frecuentemente la causa de la inactividad. Muchas veces, especialmente en el Consejo de Seguridad, la falta de energía no se deriva de la inexistencia de mecanismos apropiados, sino más bien de la incapacidad de ponerlos en marcha.

En lo que respecta a la lucha contra el apartheid, hay una firme base jurídica para justificar las acciones concertadas. La Corte Internacional de Justicia ha definido al apartheid como una flagrante violación de los propósitos y principios de la Carta. El propio Consejo de Seguridad acordó que el apartheid es un sistema que perturba gravemente la paz y la seguridad internacionales, y ha adoptado varias resoluciones tendientes a su eliminación. En esta coyuntura, nadie puede dudar de que la cooperación para combatir todas las formas de discriminación racial es uno de los deberes básicos de los Estados Miembros. Sin embargo, a pesar de todos los llamamientos realizados por la comunidad internacional, Sudáfrica ha fortalecido aún más sus medidas represivas en el orden interno y ha promovido actos de agresión no provocados contra los Estados vecinos, particularmente contra la República Popular de Angola, un país pacífico, culpable únicamente de la solidaridad que ofrece a sus hermanos africanos.

En 1984, seguimos la evolución de las negociaciones en el Africa meridional con gran interés. Se suponía que el Tratado de Nkomati y los Acuerdos de Lusaka, según la opinión prevaleciente en aquel momento, iban a mejorar las perspectivas

para la paz e iban a romper el ciclo de violencia en la región. Los países más directamente afectados en este enfoque trataban de afirmar su liderazgo en la región y mantenían que una vez que se lograra la paz, Pretoria se vería libre para llevar a cabo reformas sustanciales en el orden interno. Dichos países aceptaron que el Gobierno de Sudáfrica se comprometía firmemente a un proceso de cambio que, finalmente, daría como resultado una verdadera coparticipación del poder político con la mayoría negra. La conclusión a la que se llegó fue que las fuerzas del cambio en Sudáfrica no debían verse expuestas al aislamiento y a la presión económica internacionales, dado que, si era así, los sufrimientos de la mayoría serían aún mayores.

Los acontecimientos de 1985 han refutado esa teoría. La creciente ola de inquietud que asola a la mayoría negra de Sudáfrica, y la lucha contra el apartheid han llegado a tal punto que los dirigentes blancos se han visto obligados a imponer el estado de emergencia y han adoptado nuevas medidas opresivas para asegurar su supremacía ilegal. La escalada de la violencia demuestra que Pretoria nunca participó en la promoción de la igualdad de derechos, una verdad que ha sido confirmada de nuevo por el reciente anuncio de reformas superficiales que no colman las expectativas que había abrigado la comunidad internacional. No es la eliminación de las mezquinas normas del apartheid lo que conseguirá la aceptación internacional para Sudáfrica. Sólo un proceso de negociación con los verdaderos líderes de la mayoría negra puede preparar el camino para un período de libertad y democracia.

Dado que Sudáfrica tiene la intención de persistir en su actitud de desafío, habría que considerar otros elementos de su estrategia respecto al Africa meridional. En primer lugar, el apartheid ha creado una política exterior que intenta desestabilizar los Estados de la línea del frente, provocando la inestabilidad militar, apoyando a los mercenarios insurgentes y amenazando con represalias económicas. En segundo lugar, está claro que Sudáfrica consideraba que los acuerdos alcanzados en 1984 desviarían la atención de sus políticas internas y harían que el racismo desapareciera de las primeras planas. Probablemente, Pretoria consideró que la aceptación internacional dependía de sus buenas relaciones con los Estados fronterizos, más que del tratamiento dado a la mayoría negra dentro de sus fronteras. Los sudafricanos blancos estimaron que podían

combinar la hegemonía regional, el racismo y la aceptación internacional. Es nuestra tarea demostrar que esta pretensión resulta imposible.

Las Naciones Unidas han desempeñado un papel esencial en la movilización de la opinión pública en contra de todo tipo de colonialismo y de discriminación racial. La condena del apartheid es ahora un factor permanente de la vida internacional, y la reacción de la comunidad mundial juega un papel importante en la lucha contra el sistema racista hoy día. Para dar un ejemplo reciente, mencionaríamos las audiencias públicas sobre las actividades de las empresas transnacionales en Sudáfrica y Namibia, que tuvieron lugar durante el pasado mes de septiembre bajo los auspicios de la Comisión sobre las Empresas Transnacionales. En aquella ocasión, tuvimos una oportunidad excelente para examinar el impacto que producían las inversiones extranjeras en el bienestar de los trabajadores negros. Pudimos ver entonces que los hechos descartaban claramente el argumento de que la presión económica contra Sudáfrica podía perturbar el sector laboral y causar mayor sufrimiento. Todos los elementos de que disponíamos apuntaban hacia lo contrario.

Como recordaron muy bien algunos de los participantes, sólo una pequeña proporción de los negros sudafricanos se benefician de las prácticas de la igualdad en materia de empleo e, incluso, cuando los trabajadores negros obtienen unos salarios decentes, ganan menos que sus colegas blancos. La estrategia de bloquear las medidas económicas punitivas, sobre la base de que su efecto sería contraproducente, no es más que una actitud engañosa, mantenida por aquellos que aún apoyan la supervivencia del apartheid.

De conformidad con la Carta, es obligada la acción decidida en contra de la discriminación racial. La Asamblea General y el Consejo de Seguridad han instado repetidamente a que se tomen medidas conjuntas y separadas que conduzcan a la erradicación del apartheid. El Brasil, como declaró su Presidente José Sarney en su discurso ante la Asamblea General, piensa que:

"El racismo está contra la humanidad y contra el futuro." (A/40/PV.4,
pág. 8-10).

Además del estricto cumplimiento de todas las medidas obligatorias, el Brasil, mediante un decreto firmado el 9 de agosto de 1985, reiteró su prohibición de realizar exportaciones a Sudáfrica de petróleo y de sus productos derivados, de armas y municiones, de licencias y patentes, y prohibió todo tipo de actividades culturales, artísticas y deportivas con el Gobierno de Pretoria.

Con el mismo espíritu, ya sea en forma bilateral o por medio de la Conferencia de Coordinación del Desarrollo del Africa Meridional, hemos establecido vías de cooperación entre Brasil y los Estados de la línea del frente, que son los que sufren más directamente la agresividad del apartheid, que rebasa las fronteras de Sudáfrica.

Países importantes con un historial nada despreciable de cooperación económica con Sudáfrica en el pasado, se han decidido también a imponer sanciones económicas. Los Estados Miembros parecen haber comprendido que la presión internacional puede contribuir eficazmente a la eliminación del apartheid. Las señales más recientes de un pánico financiero en Pretoria demuestran que el Gobierno está actuando ahora desesperadamente. Por firmes que fueren estas medidas individuales, lo cierto es que su alcance es limitado. El Consejo de Seguridad debe adoptar sin demora nuevas medidas concertadas y los Estados Miembros deben aplicar esas medidas cabalmente. Las actitudes atrevidas de Sudáfrica en menosprecio del derecho internacional no deben ser motivo de desaliento. Como país que está orgulloso de su identidad política y cultural, derivada de una mezcla de razas, el Brasil tiene la intención de seguir apoyando plenamente todas las medidas en favor del pueblo sudafricano en lucha.

Sr. TURKMEN (Turquía) (interpretación del francés): La política y las prácticas sudafricanas en que se funda el sistema de apartheid representan para Turquía un motivo de gran inquietud, entre las preocupaciones de las Naciones Unidas en este cuadragésimo aniversario.

La Asamblea General, durante los numerosos debates dedicados a esta cuestión, puso de manifiesto la sensibilidad extrema y la reprobación de la opinión pública internacional y expresó la firme voluntad de superar la etapa de la simple condena para luchar firmemente y con convicción contra un fenómeno intolerable.

Desde hace años la gran mayoría de las naciones viene intentando obligar a Sudáfrica a abandonar su política de apartheid. En cada oportunidad Turquía ha señalado que también estaba decidida a unirse a los esfuerzos de los Estados para eliminar esa práctica abominable contraria a la conciencia y los valores de la humanidad. A pesar de las declaraciones, resoluciones, decisiones y una amplia gama de medidas adoptadas por las Naciones Unidas, Sudáfrica no pudo ni quiso tener en cuenta esa explosión de indignación universal.

Desde el último período de sesiones asistimos a un deterioro constante de la situación y a una intensificación de la tirantez y la violencia. No se ha liberado a Nelson Mandela, a pesar de los llamamientos acuciantes de la comunidad internacional. Las consecuencias de esta situación peligrosa, acrecentadas por los actos de agresión perpetrados por Sudáfrica contra los Estados vecinos, constituyen una amenaza grave a la paz y la seguridad internacionales.

La violencia y el enfrentamiento han producido más de 800 víctimas durante los últimos doce meses. Pese a una represión cada vez mayor, la oposición al apartheid aumentó considerablemente este año, provocando una represión aun más severa. Esa política constituye la prueba de que las autoridades de ese país no tienen absolutamente ninguna voluntad de cambio. Sudáfrica se niega obstinadamente a comprender que el sistema de apartheid es la causa fundamental de los acontecimientos que ocurren en ese país y que ese sistema abominable engendra la violencia de una manera intrínseca.

Los cambios constitucionales introducidos el año pasado para reforzar el sistema actual de segregación y discriminación racial incrementaron, sin duda, el sentimiento de profunda frustración que ya experimentaba la mayoría de la población. Los anuncios de supuestas reformas que se han formulado últimamente en Sudáfrica, lejos de contribuir a la reconciliación y a la paz social, dieron lugar una vez más a un aumento de la violencia y una intensificación de la represión que llevó a la mayoría negra a protestar en todo el país contra las prácticas del apartheid. En este sentido, la proclamación en julio de 1985 del estado de emergencia contribuyó aun más al deterioro de una situación ya muy explosiva. Si el Gobierno sudafricano no elimina totalmente la política de apartheid y se compromete en un verdadero proceso de diálogo y cambio hacia un sistema democrático y de igualdad de derechos entre las razas, Sudáfrica se alejará de una solución pacífica y se hundirá inevitablemente en el abismo de una guerra civil mortal. La evolución de los últimos acontecimientos demuestra con claridad un cambio cualitativo en la índole de la oposición y de la lucha legítima que libra la mayoría de la población. Antes que sea demasiado tarde, Sudáfrica debe realizar cambios radicales para evitar el deterioro de una situación que, sin duda alguna, amenaza gravemente la paz y la seguridad en el África meridional.

Turquía observa con viva preocupación la agravación reciente de la situación y sigue convencida de la necesidad de una acción concertada en el ámbito internacional. Por ello, lo mismo que la mayoría abrumadora de los países Miembros, Turquía suscribe totalmente las resoluciones 560 (1985) y 569 (1985) del Consejo de Seguridad, las que fueron aprobadas tras dos reuniones en que este órgano examinó dicha cuestión a principios de este año. De conformidad con su adhesión firme a todas las medidas encaminadas a poner fin a esta política en el Africa meridional, mi Gobierno aplica estrictamente todas las resoluciones pertinentes de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad. Turquía no mantiene ninguna relación con Sudáfrica en los campos diplomático, económico, militar o de otro tipo. El boicot del régimen sudafricano por Turquía es total en todos los campos y las autoridades turcas disponen de todos los instrumentos necesarios para llevar a la práctica esta política.

Nuestra Organización debe continuar a la vanguardia de los mecanismos por medio de los cuales deberían ejercerse las presiones de la comunidad internacional sobre Sudáfrica. Parece que el esfuerzo combinado de las presiones internas y externas puede desempeñar un papel decisivo en la evolución de las condiciones necesarias para lograr un cambio real y la eliminación total del apartheid. Nos complacen los efectos positivos de la campaña realizada a principios de año contra el régimen de apartheid en todo el mundo. Dicha campaña, en la que participaron órganos legislativos, la prensa, las universidades, los sindicatos y otras organizaciones de todo el mundo, contribuyó ampliamente al surgimiento de corrientes de desinversión y a la adopción de sanciones voluntarias contra Sudáfrica. Las medidas legislativas y gubernamentales aprobadas por un número cada vez mayor de países en los últimos meses han creado un clima político propicio para una acción internacional eficaz. Esas circunstancias deberían hacer que todos los Estados Miembros de esta Organización se comprometieran a ejercer la presión colectiva necesaria para dismantelar el apartheid por medios pacíficos y mediante el diálogo. Turquía rinde homenaje a todos los Estados Miembros que han decidido aplicar sanciones voluntarias de conformidad con las últimas resoluciones del Consejo de Seguridad. Si el Gobierno sudafricano sigue negándose a modificar su política y a aplicar las resoluciones pertinentes de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, nuestra Organización debería prever la aprobación de las sanciones decisivas y obligatorias establecidas en la Carta de las Naciones Unidas. Turquía está dispuesta a apoyar la aplicación de sanciones económicas obligatorias.

Si el Gobierno de Sudáfrica persiste en su negativa a cambiar su política y aplicar las resoluciones pertinentes de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, las Naciones Unidas deberían encarar la adopción de las sanciones obligatorias previstas por la Carta. Turquía está dispuesta a apoyar la aplicación de sanciones económicas obligatorias. Para concluir, deseo rendir un tributo especial al trabajo encomiable realizado por el Comité Especial contra el Apartheid. La campaña incansable de información llevada a cabo por el Comité sigue generando una conciencia compartida entre los Estados Miembros sobre la necesidad de luchar juntos contra el apartheid. En vista de los recientes graves acontecimientos estamos más convencidos que nunca que el Africa meridional no conocerá la paz y la estabilidad hasta que el apartheid sea eliminado definitivamente.

Sr. ALEXANDROV (Bulgaria) (interpretación del inglés): La situación de hoy en el Africa meridional da lugar a uno de los principales focos de tirantez internacional. El clima en esa región del mundo sigue siendo extremadamente tenso y cada vez más explosivo. El régimen racista de Pretoria está tratando desesperadamente de mantenerse en el poder y de preservar las bases del vergonzoso sistema de apartheid.

La cuestión de la política de apartheid ha sido objeto de debate durante casi 40 años, y no es accidental que así haya sido. Hay dos razones de la longevidad de esta cuestión, que ha estado constantemente en la primera plana de la Organización mundial. La primera es la total incompatibilidad de los principios y propósitos de las Naciones Unidas con los cánones odiosos de un sistema medieval basado en la opresión despiadada de una raza por otra. La segunda es que este anacronismo, que constituye una verdadera afrenta a la conciencia moral de la humanidad, sigue gozando del apoyo de influyentes Potencias políticas. Aquí se presenta una paradoja: este año en que la humanidad celebra el cuadragésimo aniversario de la victoria sobre el fascismo, el concepto aborrecible de superioridad racial que le es inherente ha sido elevado una vez más a la categoría de ley fundamental.

El meollo de la política de apartheid es la discriminación racial y la segregación, así como la denegación de los derechos humanos a la población autóctona de Sudáfrica, que asciende a 23 millones de habitantes. En sus decisiones relacionadas con el apartheid y especialmente en las resoluciones 554 (1984) y 556 (1984) del Consejo de Seguridad, las Naciones Unidas definieron a este sistema como un "crimen" que viola totalmente el espíritu y la letra de la Carta. Los documentos de las Naciones Unidas revelan el grave peligro que para la paz y la seguridad representa este sistema y exigen su eliminación inmediata.

Los acontecimientos de los últimos años demostraron claramente cuán demagógicos, pero igualmente inútiles, son los esfuerzos de Pretoria por engañar al pueblo sudafricano y a la opinión pública mundial mediante diversas "correcciones" superficiales en el sistema de apartheid. Hemos sido testigos del colapso de la denominada reforma constitucional que concedió magros derechos a las comunidades india y mestiza, al tiempo que, como antes, margina al 73% de la población de Sudáfrica de la vida política. Las promesas de restituir la ciudadanía sudafricana a la población negra no comprendió a millones de pobladores reasentados por la fuerza en los bantustanes. Igualmente aparentes son las medidas para aliviar las denominadas leyes de pase, en virtud de las cuales de 200.000 a 300.000 sudafricanos negros son detenidos cada año. Recientemente se anunció un "calendario de reforma racial" que habla de "derechos individuales" y de "seguridad de los grupos". Pero, como leímos en el New York Times del 1° de octubre de 1985, esta mezcla de conceptos y palabras vagas sólo tiene un significado: preservar la dominación de los blancos, su forma de vida y sus privilegios económicos.

Como consecuencia de la resistencia de las masas populares y de las fuerzas democráticas contra la dictadura racista, así como de las protestas de la comunidad internacional, el poder de la minoría blanca se enfrenta a una crisis cada vez mayor. En un intento por obstaculizar por todos los medios posibles el fin cercano de su dominación, las autoridades racistas han aumentado su represión contra la población. En los últimos 14 meses se dio muerte a más de 800 personas y muchos miles fueron arrestados. Unidades militares y policiales que utilizan vehículos blindados, armas, gases lacrimógenos y látigos están atacando a manifestaciones pacíficas y disparando o golpeando hasta dar muerte a civiles desarmados, incluidos mujeres y niños. Los denominados escuadrones de la muerte están cada vez más

activos para asesinar a dirigentes de la oposición. La violencia del régimen alcanzó un nuevo punto culminante en los últimos días, cuando el poeta Benjamín Moloise fue ejecutado después de haber sido detenido por más de dos años con acusaciones fraguadas.

La crisis creciente también afectó la economía. Los costos de mantenimiento de la maquinaria represiva y de la guerra colonial en Namibia están aumentando rápidamente. Muchos sectores de la economía están reduciendo su producción. El déficit de la cuenta corriente ha alcanzado los 1.000 millones de rands y la inflación se ha elevado al 16%. Según opiniones de los expertos, los precios de los productos alimenticios básicos y los bienes manufacturados aumentarán en un 20% para fin de año. El desempleo se estima entre el 15 y el 20% de la fuerza de trabajo negra urbana. Varios grandes empresarios han exhortado a la reforma interna. Y como lo observó con razón el columnista Anthony Lewis, los Ackerman, los Rupert, los Reilly y otros magnates locales no se guían en esto por algún motivo idealista, sino por consideraciones de supervivencia financiera. Advierten que el sistema racista está destruyendo la economía y llevando al país hacia una catástrofe inminente.

Tal sistema basado en el terror y la violencia, lógicamente buscará una válvula de escape en la expansión militar y la agresión contra otros Estados. Los Estados africanos vecinos independientes han sido el objetivo de tal política. Las fuerzas sudafricanas han invadido sistemáticamente a Angola y han ocupado la parte meridional de ese país. Pretoria afirmó descaradamente que al prestar ayuda al grupo bandolero de UNITA, está defendiendo la causa del "mundo libre" en Africa. No ha habido pausas en las devastadoras incursiones contra los demás Estados de la línea del frente. En desacato a las decisiones categóricas de las Naciones Unidas y en particular a la resolución 435 (1978), el régimen de Sudáfrica ha mantenido su ocupación ilegal de Namibia, utilizando una fuerza de ocupación de 100.000 efectivos, y ha estado librando una guerra de destrucción contra el pueblo namibiano que lucha por su derecho sagrado a la independencia nacional. Esta política de terrorismo de Estado es una demostración más del hecho que el apartheid y la agresión son indivisibles. La capacidad nuclear de los racistas, que está surgiendo, ha causado considerable preocupación al respecto.

Como lo apunta acertadamente el informe del Comité Especial contra el Apartheid, preocupa especialmente a la comunidad internacional el hecho de que ciertos Estados occidentales siguen alentando en la práctica al régimen racista de Sudáfrica. En Washington se califica esta política con el nombre de compromiso constructivo. Se ha presentado una larga lista de conocidos argumentos para justificarla, a saber, que la caída del régimen blanco supondría la ruina de la democracia y que la imposición de sanciones económicas contra Sudáfrica sólo aumentaría la intransigencia de Pretoria y empeoraría el sufrimiento de la población negra. Sin embargo, los hechos señalan lo contrario. Los círculos imperialistas consideran a Sudáfrica como bastión de sus intereses en esa parte del planeta, como garantía de las enormes utilidades que reportan sus monopolios y del saqueo implacable de sus recursos tan valiosos y de los minerales de la región, como gendarme contra los movimientos autóctonos de liberación nacional y como una base estratégica que protege las rutas marítimas alrededor del Cabo de Buena Esperanza.

Por ende, es evidente que la política de compromiso constructivo no tiene por objetivo eliminar el racismo ni contribuir a la transformación democrática radical de la sociedad sudafricana. Por el contrario, esta política tiene como finalidad fortalecer al régimen racista y usarlo como herramienta para volver a colocar a toda esta región en la órbita de la explotación imperialista y colonial. Precisamente por esos motivos, ciertos países se han resistido obcecadamente a los esfuerzos desplegados por imponer al régimen criminal las sanciones amplias previstas en el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, como la gran mayoría de los Estados Miembros desea hacerlo.

La República Popular de Bulgaria ha adoptado una posición constante de principio respecto a la situación en el Africa meridional. Esta posición ha sido expresada repetidas veces por los dirigentes de mi país. Se ha reflejado también en la Declaración de los Estados Miembros del Tratado de Varsovia, aprobada durante el reciente período de sesiones de su Comité Consultivo Político, celebrado en Sofía, en la que, entre otras cosas, se dice:

"Los participantes en este período de sesiones condenan firmemente la política de apartheid de Sudáfrica y su represión abrumadora contra la población autóctona africana y exigen que se interrumpa todo el apoyo que se le presta al régimen racista de Pretoria. Reclaman que se ponga fin a los actos de agresión, injerencia e intervención militar de las fuerzas imperialistas contra Angola y otros Estados del Africa meridional."

La delegación de Bulgaria siempre ha apoyado los esfuerzos inquebrantables de la Organización mundial, encaminados a lograr una total y definitiva erradicación de esta política inhumana. Junto con esos esfuerzos debemos encomiar en especial la labor tan útil realizada en el seno de las Naciones Unidas por el Comité Especial contra el Apartheid, bajo la dirección de su Presidente, el Representante Permanente de Nigeria, Embajador Garba.

Tenemos la profunda convicción de que sólo queda una salida al actual conflicto del Africa meridional, que consiste en llevar a cabo una acción práctica concertada de la comunidad internacional, incluidos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, a fin de obligar a Pretoria a abandonar su sistema criminal de apartheid. En espera de la imposición de sanciones obligatorias por el Consejo de Seguridad contra el régimen racista, es necesario adoptar medidas como las que se establecen en la resolución 569 (1985) del Consejo de Seguridad y en la resolución 39/72 G de la Asamblea General.

Para terminar, quisiera destacar una vez más que mi país brinda su apoyo caluroso y sin reservas a la justa lucha del pueblo sudafricano en pro de su liberación nacional y que seguiremos, en la medida de lo posible, brindando todo nuestro apoyo al African National Congress de Sudáfrica (ANC) y a la South West Africa People's Organization (SWAPO) en su lucha heroica contra la dominación colonial en esa parte del mundo.

Sr. SALEH (Yemen Democrático) (interpretación del árabe): La comunidad internacional conmemoró la semana pasada el cuadragésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas. Se hizo entonces una evaluación del papel que desempeña la Organización al servicio de la comunidad internacional, y de su adhesión y apoyo a las causas de la liberación nacional, la descolonización y el mantenimiento de la paz y la seguridad mundiales. Pese a las grandes realizaciones de las Naciones Unidas, en base a los elevados principios consagrados en su Carta, persisten numerosos problemas internacionales que siguen requiriendo el apoyo de la comunidad internacional; un apoyo que debe prestar a la Organización para que cuente con los medios de fomentar la paz y la estabilidad en el mundo.

Entre otros problemas se cuenta la existencia del régimen racista de Pretoria, que es un baldón para el honor de toda la comunidad internacional. Se trata de un sistema que constituye la forma más abominable de discriminación racial y de explotación de la mayoría negra.

El régimen racista de Pretoria se basa en los privilegios de una minoría blanca que posee todo el poder, la riqueza y los instrumentos de represión y tortura, los cuales son empleados contra 24 millones de negros y personas de color, quienes son explotados y viven en las condiciones más inhumanas, para permitir así que los monopolios capitalistas consigan utilidades exorbitantes.

En el Comité Especial contra el Apartheid se ha escuchado el testimonio de muchos testigos que representan diversos grupos, incluyendo a líderes religiosos, maestros, periodistas, sindicalistas y otros, quienes han descrito la represión, la opresión y la explotación brutal que enfrenta y sufre el pueblo de Sudáfrica y que implanta el régimen de apartheid, sistema que ya no puede tolerarse sobre la faz de nuestro planeta.

La lucha que sostiene el pueblo de Sudáfrica no puede aplacarse con promesas de reforma, ya que el sistema de apartheid se basa en una ideología de segregación y discriminación racial y en la imposibilidad de coexistir en pie de igualdad y con derechos civiles equitativos para negros y blancos.

Por lo tanto, lo que vislumbramos en el horizonte, en vista de la creciente represión y terrorismo, es una escalada en la resistencia popular y su expansión. La lucha de liberación nacional se hará más firme hasta que consiga la erradicación total del sistema de apartheid. Esta evolución en el mundo contemporáneo corresponde totalmente a la ética de la conciencia humana y al derecho de los pueblos a vivir con dignidad y decoro.

El Yemen Democrático ha apoyado y sigue apoyando la lucha justa y legítima del pueblo de Sudáfrica contra el sistema de apartheid. Condenamos también los actos de agresión del sistema contra los Estados africanos independientes - especialmente los reiterados ataques contra Angola -, la ocupación continua de Namibia y la negativa de ese régimen a retirarse de allí. Exhortamos resueltamente a que se otorgue una verdadera independencia al pueblo de Namibia, en virtud de la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad. La tentativa del régimen de Pretoria de imponer la discriminación racial y el apartheid en Namibia y sus intentos de amenazar la paz y la estabilidad de los países vecinos constituye una amenaza grave para la paz y la seguridad internacionales.

La comunidad internacional debe aplicar más que nunca medidas de disuasión mediante una acción inmediata contra las actividades brutales y el terror perpetrados por el régimen racista, y esto se debe realizar mediante un boicoteo y

sanciones internacionales que abarquen las esferas económica, militar, política y cultural, así como proveyendo la asistencia necesaria al pueblo de Sudáfrica en la lucha que sostiene.

La posición de los Estados Unidos de América y sus aliados en lo tocante al régimen de Pretoria ya no es un misterio para nadie. Los hechos contradicen sus declaraciones. Además, la política de participación constructiva favorece en realidad al régimen racista, lo apoya y le permite continuar sus actividades represivas y terroristas. Semejante política impide que los esfuerzos de la comunidad internacional pongan término a las prácticas inhumanas perpetradas contra la mayoría negra y las personas de color. Por consiguiente, tenemos que eliminar el apartheid.

Esas políticas son impracticables y de hecho van contra la naturaleza de las cosas. Queda de manifiesto un hecho fundamental cual es el de que los monopolios capitalistas colocan sus intereses muy por encima de las consideraciones humanitarias y éticas y por encima de los legítimos derechos de los pueblos.

Cabe recordar a esta altura que las prácticas racistas y terroristas del régimen de Pretoria son idénticas a las del régimen sionista en Palestina. Por lo tanto, no debe sorprendernos ver la estrecha colaboración en todas las esferas, incluida la militar, entre esos dos regímenes. Ello subraya la esencia básica y unificada del racismo y el sionismo.

Israel ha establecido asentamientos en suelo palestino; ha usurpado la tierra. Ha dejado sin patria al pueblo palestino y ha cometido todo tipo de actos de terrorismo, negándose a reconocer los derechos legítimos e inalienables del pueblo palestino a la libre determinación y a regresar a su tierra y establecer un Estado independiente.

El Estado sionista en Palestina es un foco de guerra que amenaza a la paz y la seguridad internacionales, así como el régimen racista de Pretoria hace lo suyo en el África meridional.

La crisis que impera hoy en Sudáfrica exige con urgencia que nuestra comunidad internacional despliegue esfuerzos intensos para pedir que se escuche la voz de la conciencia mundial y se sumen todos a las medidas para detener la agresión de Pretoria contra sus vecinos.

La situación exige todo tipo de apoyo material y político de parte de la comunidad internacional para sostener la lucha del pueblo de Sudáfrica. Confiamos plenamente en que éste triunfará y derrotará al apartheid, pese a todos los sufrimientos y sacrificios, pues ese es el curso de la evolución de la humanidad hacia la libertad, el bien y el progreso.

Sr. WIJewardane (Sri Lanka) (interpretación del inglés): Para comenzar, quisiera agradecer al Embajador Joseph Garba, del Comité Especial contra el Apartheid, la excelente presentación del informe de dicho Comité.

Como lo demuestra claramente ese informe, la represión del pueblo de Sudáfrica por parte del régimen racista se intensificó espectacularmente en el año transcurrido. Con la intensificación y la severidad de la represión, la resistencia del pueblo también se ha vuelto más resuelta, decidida y unida.

El régimen racista aplica el sistema del apartheid en dos niveles: en un nivel están las medidas físicas, concretas y directas que aplica el régimen del

apartheid contra el pueblo de Sudáfrica. El estado de emergencia declarado en julio de 1985 dio poder ilimitado al ejército, a la policía y a las fuerzas de seguridad para sojuzgar a la mayoría. La consecuencia de ello ha sido una serie de asesinatos, matanzas y desapariciones, así como olas de arrestos y detenciones que fueron promovidos por el régimen sudafricano en lo que ellos describen como un intento de retornar a la normalidad.

Normalidad para el régimen significa simplemente el mantenimiento sin cambio alguno de la estructura total del apartheid en el país. Normalidad para el régimen significa, por lo tanto, meramente el constante sojuzgamiento y degradación de la población sudafricana.

El informe del Comité Especial, en la sección dedicada al examen de la evolución de la situación en Sudáfrica, brinda una descripción exhaustiva de los actos físicos y militares de represión que el régimen racista ha infligido a los sudafricanos.

En el segundo nivel, además del despliegue de fuerza mediante un sistema perfeccionado de la policía y las fuerzas de seguridad de Sudáfrica, el régimen también trató de proyectar una apariencia de respetabilidad y legalidad. Una llamada nueva Constitución pasó por encima de la mayoría africana y creó cámaras segregadas para los llamados sectores de color y de origen indio. El régimen de Pretoria anunció también su intención de efectuar ciertas reformas en el sistema de apartheid y de abrogar ciertas reglamentaciones discriminatorias. Pero estas medidas superficiales no han tenido efecto importante alguno en la real y lamentable situación que soporta la mayoría negra. Si bien se abrogaron ciertas leyes, el régimen defendió de manera arrogante las políticas básicas del apartheid que sigue aplicando sin reserva alguna. La declaración política formulada por el Sr. Botha en el Congreso del Partido Nacional, en agosto, rechazó el principio del voto universal y el concepto de derechos políticos para los negros en un Estado no racial, democrático y unitario. Tampoco se intentó modificar la sustancia del concepto de los territorios patrios independientes. La respuesta del Secretario General de las Naciones Unidas, en su declaración del 16 de agosto, no dejó duda alguna de que la declaración del régimen sudafricano no había alterado nada. Sri Lanka respalda plenamente la declaración del Consejo de Seguridad del 21 de agosto en el sentido de que una paz justa y duradera en Sudáfrica debe basarse en la erradicación total del apartheid y el establecimiento de una sociedad libre, unidad y democrática en el país.

La respuesta del pueblo de Sudáfrica ha sido, sin embargo, la más elocuente ante las acciones del régimen del apartheid durante el año que se examinó. La justicia está del lado de la mayoría negra, que lucha contra el régimen de la minoría racista. La severidad de la represión no ha debilitado la resistencia al régimen. Esta ha alcanzado a todo el país y en ella participan obreros, sindicalistas, estudiantes, organizaciones comunitarias, grupos religiosos de todas las comunidades así como gente común de todos los sectores, incluidas las mujeres y los niños. El informe del Comité Especial afirma que existe una gran unidad y coordinación entre la lucha armada y las demás formas de lucha. La Asamblea ha recibido advertencias en algunas ocasiones en torno a la cuestión de la lucha armada contra el régimen del apartheid. No obstante, es preciso afirmar categóricamente que de lo que se trata aquí no es de una mera insurrección o una rebelión esporádica, sino de un movimiento de liberación nacional generalizado en el que participa la gran mayoría de la población en contra de un régimen minoritario racista y represivo. La lucha armada se ha intensificado en la medida en que se han negado otros medios para corregir la situación de la mayoría. No debe confundirse entre la lucha nacional democrática de la mayoría negra en Sudáfrica contra la minoría racista y grupos que en otras partes del mundo recurren a la insurrección armada, no como último recurso, sino como medio elegido para desestabilizar o derrocar gobiernos que representan a la mayoría de la población.

También se ha ampliado el alcance del apoyo internacional al pueblo de Sudáfrica con el fortalecimiento de los movimientos nacionales de resistencia contra el apartheid dentro de Sudáfrica. Al mismo tiempo, se han multiplicado los actos de agresión del régimen del apartheid contra los Estados africanos independientes vecinos. También se han vuelto comunes las reuniones del Consejo de Seguridad para centrar la atención y tomar medidas contra los actos de agresión de Sudáfrica en perjuicio de los Estados vecinos independientes como Angola, Botswana, Lesotho, Mozambique, Zambia y Zimbabwe. La amenaza que plantea el régimen del apartheid, por tanto, se extiende más allá de las fronteras de Sudáfrica y abarca a toda la región del Africa meridional. Sudáfrica se ha arrogado para sí el derecho de realizar acciones militares a través de sus fronteras con el pretexto de enfrentar a quienes luchan por la liberación de Namibia.

Tenemos aquí la curiosa situación de un Estado ocupante que defiende su ocupación ilegal de Namibia lanzando ataques militares contra Estados africanos independientes vecinos. Sri Lanka ha rechazado categóricamente el llamado derecho que Sudáfrica pretende detentar al respecto. Sudáfrica incluso ha cometido agresiones contra Estados con los cuales ha llegado a acuerdos y entendimientos.

No tengo aquí el propósito, en el marco de este tema del programa, de hablar sobre la situación en Namibia, que examinaremos más adelante. Sin embargo, debe decirse aquí que la ocupación de Namibia por Sudáfrica, junto con sus actos de desestabilización, sabotaje económico y espionaje contra los Estados africanos de la línea del frente, convierten claramente al régimen del apartheid en una amenaza para la paz y seguridad de toda la región del África meridional.

La Asamblea General, en su cuadragésimo período de sesiones, ha escuchado a una serie de Jefes de Estado y de Gobierno que pusieron de manifiesto en términos inequívocos su condena del sistema de apartheid. Si toman medidas eficaces en este período de sesiones para garantizar el desmantelamiento y la erradicación del apartheid, ello significará una verdadera contribución histórica. Los Jefes de Estado y de Gobierno del Commonwealth que celebraron su reunión Cumbre en las Bahamas la semana pasada también condenaron la negativa constante de Sudáfrica a desmantelar el apartheid, a terminar su ocupación ilegal de Namibia y sus agresiones contra sus vecinos. Los Jefes de Estado al hacer propuestas para derrocar el apartheid, recordaron la opinión expresada en una reunión anterior en Nueva Delhi en el sentido de que

"... sólo la erradicación del apartheid y el establecimiento del Gobierno de la mayoría sobre la base del ejercicio libre y justo del sufragio universal de los adultos de todo el pueblo en una Sudáfrica unida y no fragmentada, puede llevar a una justa y duradera solución de la explosiva situación que prevalece en el África meridional."

Esta Asamblea, que representa la voz de la comunidad internacional, debe considerar, dentro de un marco apropiado, medidas inequívocas, incluso las que figuran en el Capítulo VII de la Carta, para destruir rápida y decisivamente la estructura del apartheid. Una mayor demora en el establecimiento de un Gobierno de la mayoría sólo provocará nuevos desastres y prolongará la agonía del pueblo de Sudáfrica.

Sr. AL-MAHMOOD (Qatar) (interpretación del árabe): África sigue siendo una de las manchas negras en la lista gloriosa de los resultados alcanzados por las Naciones Unidas en la esfera de la descolonización y de la lucha contra la discriminación racial. Una vez más, la comunidad internacional acusa al régimen racista sudafricano y le condena por su deshumanización para con la mayoría de su población, a la que niega el derecho de ciudadanía, mientras otorga esa nacionalidad a una minoría que se instaló en el país en el marco del odioso fenómeno colonialista que casi ha desaparecido del continente africano, merced a los esfuerzos desplegados por las Naciones Unidas desde su creación hace cuarenta años.

El régimen racista sudafricano continúa privando a la gran mayoría de la población de su derecho a la libre determinación y a participar en el Gobierno del país. Las supuestas reformas constitucionales no son más que una mentira que no engaña a nadie y que constituye una violación flagrante de los principios de la Carta, así como de las resoluciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, que representan la voluntad de la comunidad internacional.

Es preciso señalar que el régimen racista ha tenido que recurrir a toda una serie de actos de agresión contra Estados africanos vecinos: Angola, Lesotho, Zambia, Mozambique y Zimbabwe.

El régimen no se limita a llevar a cabo actos de agresión flagrante, sino que igualmente utiliza mercenarios y facciones rebeldes para asesinar a refugiados y para llevar a cabo actos de subversión, creando así una situación que constituye un peligro para la paz y la seguridad internacionales.

La Convención Internacional sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial, que entró en vigor en 1969, y a la que 123 Estados han adherido hasta el presente, es decir, la aplastante mayoría de la comunidad internacional, prohíbe estrictamente la discriminación entre las poblaciones de un Estado sobre la base de la raza o el color. Prohíbe que se conceda a algunos el derecho a voto, al tiempo que se lo niega a otro grupo, o que se creen cámaras representativas separadas en base al color o la raza.

Las sanciones impuestas por las Naciones Unidas al régimen racista por medio de resoluciones sucesivas no han producido su fruto por no haber sido aplicadas plenamente. En la primera fila de los que desprecian la voluntad de la comunidad internacional y que cooperan estrechamente con el régimen racista de Sudáfrica, es

necesario citar a la entidad sionista que, como el régimen de Pretoria, es racista, rasgo que convierte al Estado en la representación de una sola parte de la población, relegando al resto al rango de ciudadanos de segunda clase. Graves consecuencias se derivan de la prosecución de tal cooperación entre Israel y el régimen racista de Pretoria para la paz y la seguridad internacionales. Esto no es un secreto para nadie.

A pesar de todo lo que he dicho anteriormente, hemos visto aparecer en el curso de las últimas semanas y de los últimos meses un rayo de esperanza en la noche oscura del apartheid. En diversos lugares, se advierte que el mantenimiento del apartheid y la intensificación de los actos de presión y de violencia perpetrados por el régimen de Pretoria han sacudido profundamente la conciencia de la humanidad, incluso en las filas de la minoría blanca de Sudáfrica y en los países que siempre votan en forma negativa en el Consejo de Seguridad para proteger al régimen racista contra las sanciones obligatorias.

Entre esos ecos, conviene citar en primer lugar el que proviene de grupos y de individuos de la población blanca de Sudáfrica, que en la actualidad denuncian públicamente el apartheid y demandan que se ponga fin a esta política. Entre éstos se encuentran aquellos que han llevado a cabo conversaciones con los representantes de la mayoría nacional en un país vecino, ganándose así la cólera del régimen de Pretoria. Esperamos que esta toma de conciencia se extienda más y más entre la población de Sudáfrica que cree que el apartheid no puede durar por siempre jamás. Actualmente, algunos de ellos reconocen que sus verdaderos intereses residen en la liberación de su sociedad del racismo.

Aparte de esto, ciertos Estados que tenían el hábito de votar contra la aprobación de sanciones obligatorias contra el régimen racista en el Consejo de Seguridad y que no pensaban jamás en tomar medidas unilaterales contra este régimen, se ven constreñidos por la opinión pública esclarecida de su país a imponer sanciones parciales voluntarias que, creemos, constituyen un paso en el buen camino, aunque esto no responda a lo que exige la explosiva situación de Sudáfrica.

Finalmente, los países que siempre se han pronunciado contra el apartheid y que están dispuestos a adoptar medidas parciales contra el régimen de Pretoria, expresan actualmente de modo claro y de la manera más firme, cuál es su voluntad y su determinación al respecto, ya sea de manera individual o colectiva, después de llevar a cabo consultas.

Es, pues, evidente que el movimiento de oposición al régimen del apartheid ha entrado en una nueva fase que hace que el Consejo de Seguridad pueda imponer sanciones obligatorias en el caso de que un régimen racista prosiga su política a corto plazo, ignorando los derechos de la mayoría de la población de Sudáfrica, desafiando así la voluntad de la comunidad internacional.

Al rendir homenaje a las medidas individuales tomadas por los países nórdicos contra el régimen racista de Sudáfrica, apoyamos plenamente su programa respecto a la necesidad de actuar en forma activa para que el Consejo de Seguridad apruebe la imposición de sanciones obligatorias contra Sudáfrica. Se ha puesto de manifiesto con claridad que si no se hace así, el régimen racista no abandonará jamás su política detestable, y desde el momento que el Consejo de Seguridad tendrá que adoptar una resolución al respecto, debemos abordar el proceso que nos permita volver una página trágica de la historia de nuestro mundo contemporáneo y comenzar una nueva página rica en promesas para la población de Sudáfrica, sin distinción de comunidad, borrando así una mancha vergonzosa que desde hace largo tiempo aflige a la humanidad.

Sr. HEPBURN (Bahamas) (interpretación del inglés): Me complace participar una vez más en el debate sobre este tema, no porque tenga nuevas ideas o soluciones profundas para salir del estancamiento, sino para reiterar y reforzar la política que el Gobierno de las Bahamas, y en realidad muchos otros, han expresado repetidamente para condenar el sistema ilegal de apartheid, del cual el Gobierno sudafricano parece enorgullecerse al someter a la mayoría negra de ese país.

"¿Has ayudado antes a un jugador de golf? No quiero un niño inútil.

LLeva mi bolsa de palos.

Estas pelotas están sucias. Lávalas con agua.

Debes quedarte quieto cuando mi contrincante está por efectuar un tiro.

Quédate quieto.

Si pierdes otra pelota, no habrá propina para ti.

Mueve tu sombra. No hagas ruido con la bolsa."

Esta es una traducción del Afrikaans de una conversación entre un blanco y un negro. Teniendo en cuenta estos antecedentes, el Sr. Joseph Lelyveld escribió su novela, que acaba de ser publicada, Move your Shadow - South Africa Black and White. Este periodista ha procurado combinar la experiencia personal - a mediados de la década de 1960 fue expulsado de Sudáfrica y luego se le permitió regresar - y una investigación extensa para describir el carácter maligno y complejo del apartheid.

El Sr. Lelyveld define al apartheid en las historias de intrusos cerca de Ciudad de El Cabo, que se refugian de la lluvia del invierno en estructuras provisionales de ramas y bolsas de polietileno; en informes sobre las experiencias de dirigentes estudiantiles negros encarcelados y torturados; en informes sobre los horrores jurídicos que tuvo que enfrentar una madre de color soltera que vivía en una zona blanca; en las descripciones de la vida de los negros obligados a trabajar en ciudades segregadas, a cientos de millas de sus familias que viven en territorios patrios; en los conmovedores retratos de Afrikaaners que desesperadamente tratan de reconciliar el poder de los blancos con alguna idea de justicia, con el propósito de impedir que los negros tomen el poder; y en las venenosas declaraciones de fanáticos derechistas.

Por supuesto, estas atrocidades no son nuevas y probablemente sean menos odiosas que muchas de aquellas sobre las que ya hemos escuchado y leído, pero son demostrativas de los actos deplorables que todavía tienen lugar en Sudáfrica como resultado del sistema de apartheid.

Desde el comienzo de 1985, han habido una denuncia y condena mundiales crecientes de los actos de agresión perpetrados por el régimen racista de Pretoria contra los Estados vecinos. Estas incursiones han tomado las vidas de muchos hombres, mujeres y niños inocentes. Los cambios superficiales o simbólicos, otorgados de mala gana a algunos grupos étnicos y minoritarios, no han reducido en forma alguna la gravedad de la situación. En realidad, estos regalos han exacerbado la tirantez y afectado aún más la integridad de la vasta mayoría negra de Sudáfrica. Los actos desafiante, acompañados de actitudes carentes de significado, han provocado una forma de alienación incluso en aquellos gobiernos que estaban dispuestos a encontrar excusas para la acción sin sentido que adoptó el Gobierno al declarar un estado de emergencia y encarcelar, arrestar y proscribir a inocentes seres humanos. Han hecho burla del compromiso constructivo y la diplomacia tranquila.

En la reunión que recientemente concluyó en Nassau, el 22 de octubre de 1985, los dirigentes de las naciones del Commonwealth llegaron a un acuerdo con respecto al Africa meridional. Convinieron en numerosas propuestas concretas y recomendaron sanciones que se han de aplicar dentro de un plazo determinado, además de otras que serían puestas en práctica si el Gobierno de Pretoria no cumple. El Primer Ministro de mi país, Sir Lynden O. Pindling, enumeró el 23 de octubre estas decisiones, que contienen directrices específicas encaminadas a liberar a los sudafricanos negros de una esclavitud injusta, insensata e irrazonable.

La malvada política de apartheid tiene una larga historia y nadie puede pretender que ignora los desastres y disturbios actuales que de ella emanan. Si bien todavía queda mucho por hacer para lograr un verdadero cambio en el Gobierno, es alentador observar que el apoyo concreto se está ampliando y fortaleciendo. Mientras los sudafricanos emigran en grandes cantidades, la tolerancia se desvanece rápidamente y, a pesar de la intransigencia del Sr. Botha, resulta claro que la vida del sistema de apartheid es limitada.

Para mi delegación es evidente que resulta imperioso que los embargos y las sanciones que ahora se encuentran en vigor continúen aplicándose vigorosamente y que se adopten medidas nuevas y más estrictas para complementar las ya existentes. La presión universal es muy importante. Mi delegación está convencida de que si el Gobierno sudafricano se queda solo - completamente aislado de la comunidad internacional - no tendrá otra alternativa que la de invertir su rígida política.

Si bien mi delegación no tiene dificultad en aceptar la definición del apartheid como crimen de lesa humanidad y amenaza a la paz y la seguridad internacionales, se encuentra imposible penetrar la mentalidad de un Gobierno que pone en vigor una norma destinada a privar a los seres humanos de su derecho inalienable a la vida, la salud y las libertades fundamentales, exclusivamente por el color de su piel.

Las palabras parecen vacías cuando enfrentamos tal beligerancia y desconocimiento por un régimen que se niega a escuchar la razón y que no ve nada malo en más derramamiento de sangre y una mayor pérdida de vidas inocentes. El mundo civilizado debe luchar contra este tipo de mal y odio profundamente arraigado.

Es suficiente con decir que el Gobierno de las Bahamas sigue dispuesto a apoyar la aplicación de todas las medidas que puedan lograr una solución justa y duradera para un problema complejo y que se agrava cada vez más.

Sr. HAMRA (Sudán) (interpretación del árabe): La causa de la heroica lucha contra el régimen de apartheid ha entrado en una nueva etapa desde la conclusión del último período de sesiones de esta Asamblea, el año pasado. La historia de esta lucha es testimonio de una epopeya gloriosa de la ferviente revolución que barre Sudáfrica, con el propósito de eliminar el abominable sistema que preocupa a la conciencia de la humanidad desde su crimen odioso inicial y desde que el régimen de Pretoria aplica una ideología racista que no tiene en cuenta los derechos humanos y que viola todas las prácticas, las normas y los ideales establecidos por la humanidad a través de las eras.

Han pasado cuarenta años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y el triunfo sobre el nazismo y el fascismo. Esa experiencia ha brindado muchas lecciones que podrían aclarar el hecho de que la discriminación racial se está acercando definitivamente a su fin, del mismo modo que los bastiones nazis y fascistas fueron derribados, a pesar de que los sistemas se armaron con todos los medios de destrucción y represión.

Si observamos detalladamente esos sistemas podemos discernir fácilmente el destino de esas ideologías del apartheid, que van contra la voluntad de la mayoría negra de Sudáfrica y de la comunidad internacional. Es evidente que la política agresiva del régimen de Pretoria, sus ataques constantes contra los países vecinos, su insistencia en imponer su hegemonía por la fuerza de las armas, su consolidación del poder por las armas nucleares, amenazan la paz y la seguridad no sólo de la región sino de todo el mundo.

La Asamblea General, al considerar nuevamente la cuestión, se encuentra frente a una nueva tragedia que exige una acción integrada, organizada y colectiva, más que nunca, para poner fin a ese régimen aborrecible y obligarlo a acatar la voluntad de la comunidad internacional. La conmemoración del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas ha puesto de relieve la gran preocupación que sienten los Estados Miembros por la discriminación racial y el rechazo de la Organización por esa política, así como su insistencia en la necesidad de garantizar el derecho de libre determinación del pueblo de Sudáfrica. Este es uno de los puntos destacados del cuadragésimo aniversario.

La creación de las Naciones Unidas anunció un nuevo amanecer de paz, justicia, igualdad, dignidad humana, libertad y orgullo. Ciertamente, es lamentable que, a pesar de cuatro decenios de labor colectiva de las Naciones Unidas, el régimen racista de Pretoria siga sojuzgando y esclavizando a la vasta mayoría de la población fundándose en el color y en la discriminación institucionalizada, lo que es una afrenta a la humanidad.

Los acontecimientos recientes han revelado que el régimen de Pretoria sigue perpetrando sus actos inicuos. También intensifica sus actividades criminales y los ataques terroristas, repitiendo las tragedias de Soweto y Sharpeville en cada aldea y ciudad, mientras asesina a cientos de personas y arroja otros cientos a la cárcel. Los ancianos, las mujeres y los estudiantes enfrentan con heroísmo las balas del régimen aborrecible. Ni siquiera los niños escapan a la muerte y la aniquilación.

Sudáfrica es una vasta prisión, donde se humilla la dignidad humana y donde la mayoría negra está sometida a todas las formas de la privación, la injusticia y la represión. Rendimos homenaje a los mártires de Sudáfrica, al heroísmo de Nelson Mandela y de sus colegas que languidecen en las cárceles del sistema. La comunidad internacional debe estrechar filas para erradicar el apartheid. No debe engañarse

por las denominadas reformas instituidas por el régimen. El apartheid no se puede embellecer. La cuestión sólo puede resolverse destruyendo su poder, garantizando la libertad, la justicia y la igualdad de la mayoría oprimida.

Este período de sesiones singular de la Asamblea General debe constituir un punto de partida crucial hacia el logro de la emancipación y la libertad para los pueblos combatientes de Sudáfrica. Debe ser una oportunidad histórica para que renovemos nuestra dedicación total y práctica a esos objetivos. En su resolución 39/72, la Asamblea reafirmó el año pasado la necesidad de una acción coordinada para eliminar el apartheid y propuso medidas concretas a tal fin. Como primera prioridad, en esta oportunidad debemos cerrar filas y unir nuestras actividades y posibilidades para incrementar el aislamiento del régimen de Pretoria y dar término a su desafío de las resoluciones de las Naciones Unidas y de la voluntad de la comunidad internacional.

El Sudán encomia la evolución positiva en la posición de ciertos países que han impuesto sanciones voluntarias contra el régimen. Creemos que la solución práctica y eficaz son las sanciones obligatorias y amplias contra el régimen racista, en virtud del Capítulo VII de la Carta. Esperamos sinceramente que el Consejo de Seguridad, por primera vez, imponga sanciones concretas de conformidad con sus resoluciones 566 (1985), del 19 de junio de 1985 y 569 (1985), del 26 de julio de 1985, lo que será un paso hacia la aplicación de sanciones amplias y obligatorias.

La vacilación en el logro de ese objetivo no servirá a la causa de la libertad, la justicia y la independencia del pueblo de Sudáfrica y Namibia. Tendrá un efecto negativo y pondrá en peligro la paz y la seguridad internacionales. Cualquier argumento que se base en la ineficacia de las sanciones económicas y en el pretexto de que perjudican a la mayoría es infundado. La libertad del pueblo garantizará los beneficios económicos. Ese pueblo florecerá cuando logre su libertad. El hombre no vive sólo de pan.

Los acontecimientos de los últimos años han puesto de relieve el aumento en el uso de la fuerza por el régimen racista de Sudáfrica contra la mayoría oprimida y los países africanos vecinos, así como el asesinato de numerosos refugiados. Por lo tanto, incumbe al Consejo de Seguridad adoptar las medidas necesarias para asegurar la imposición de un embargo de armas completo contra Sudáfrica, así como la prohibición de toda forma de cooperación nuclear con ese país. Es necesario

complementar y vigilar la aplicación de tales medidas teniendo en cuenta el informe del Comité Especial del Consejo de Seguridad establecido en virtud de su resolución 421 (1977) y de las resoluciones pertinentes de la Asamblea General. En ese sentido, debemos prohibir la exportación de equipos tecnológicos que den al régimen de Pretoria los medios de imponer su guerra destructiva.

También es necesario imponer un embargo de petróleo contra el régimen. Hemos seguido con mucho interés la iniciativa de ciertos países pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) contra el régimen racista de Sudáfrica. Si bien encomiamos tales iniciativas, esperamos que se unifiquen para consolidar un embargo total de las exportaciones de petróleo destinadas al régimen, que prohíba el paso de productos derivados del petróleo por medio de terceras partes.

El boicot en los deportes y cultural tiene importancia particular, por el significado de tales actividades. Esperamos que en este período de sesiones se proporcione la oportunidad de reafirmar la necesidad de intensificar ese boicot.

Este período de sesiones coincide con la formulación de una convención internacional contra la discriminación racial en los deportes. Rendimos tributo al Comité correspondiente por sus logros después de arduos esfuerzos. Esperamos que el documento elaborado sea un instrumento útil para la comunidad internacional en su enfrentamiento con el aborrecible régimen de apartheid.*

* El Sr. Hepburn (Bahamas), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Como este documento carecerá de credibilidad si no está firmado y ratificado por todos los países del mundo, exhortamos a todos los gobiernos a que aceleren el proceso de firma y ratificación para que entre rápidamente en vigor y puedan aplicarse sus disposiciones.

Al referirme a la necesidad de reafirmar nuestros esfuerzos conjuntos para eliminar la discriminación racial, creemos que los aspectos humanitarios y educativos son de gran importancia para la causa del apoyo a los movimientos de liberación nacional y la lucha legítima del pueblo de Sudáfrica. Esperamos que los gobiernos y las diversas organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales presten el necesario apoyo material y moral siguiendo los lineamientos trazados en el documento que se aprobara en la Conferencia de Aruba en mayo último.

Las Naciones Unidas y los diversos organismos especializados, así como otras organizaciones internacionales, han desempeñado un importante papel contribuyendo a la total eliminación del apartheid en Sudáfrica. Para que este objetivo se alcance es necesario un total cumplimiento de las resoluciones de la Asamblea General sobre el boicot. Lamentablemente, algunos organismos siguen manteniendo relaciones con bancos que todavía suministran al régimen racista servicios y créditos. Creemos necesario que la Asamblea inste al Secretario General y a los Directores Generales de los organismos especializados a que unifiquen posiciones a fin de que retiren sus fondos y cesen toda ulterior contratación y relación con bancos que colaboran con el Gobierno de Sudáfrica, para actuar con una total armonía en el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas sobre Sudáfrica. Es necesario que los organismos y órganos de las Naciones Unidas informen al Secretario General sobre las medidas adoptadas en este sentido, y esperamos que el Secretario General presente un informe anual a la Asamblea de los progresos alcanzados.

Con respecto a las medidas eficaces de la comunidad internacional contra el apartheid, quiero mencionar la estrecha alianza que existe entre los regímenes de Pretoria y Tel Aviv, y su intensa colaboración en lo militar y nuclear, así como las consecuencias de esta alianza para la causa de los pueblos de Sudáfrica, Namibia y Palestina. El carácter agresivo de ambos regímenes y sus políticas y prácticas contrarían las aspiraciones de la comunidad internacional en cuanto procura la libre determinación y la soberanía para esos pueblos. Por ello, la Organización debe tratar de que se apliquen sus resoluciones sobre el tema.

Ha quedado absolutamente claro que los dos regímenes son responsables de socavar la credibilidad de las Naciones Unidas y, sin duda, las esperanzas que han cifrado en ellas los pueblos oprimidos. La comunidad internacional es unánime en su condena del apartheid en Sudáfrica y sus políticas y prácticas; por ello nos sorprende que mientras los objetivos son comunes, difieran los medios para alcanzarlos. Exhortamos a los países que se conforman con hacer declaraciones públicas a que pongan de manifiesto la necesaria voluntad política y estrechen filas con los demás miembros de la comunidad internacional a fin de imponer los cambios necesarios en Sudáfrica. Ha transcurrido mucho tiempo, y el único obstáculo que existe son las diferentes sendas hacia el mismo objetivo. Esa demora sólo sirve de apoyo al régimen del apartheid. Los esfuerzos de la comunidad internacional deben combinarse para una rápida victoria de los pueblos que observan esta Organización internacional en espera de apoyo en su lucha actual. La falta de cumplimiento de esta responsabilidad quedará como una mancha en la conciencia de la humanidad, y la historia nunca lo olvidará.

Sr. GARCIA MORENO (Colombia): El apartheid ha sido declarado un crimen contra la humanidad, y los actos inhumanos resultado de las políticas y prácticas del mismo son crímenes que violan los principios del derecho internacional, en particular los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, y constituyen grave amenaza a la paz y a la seguridad internacionales. Así lo establece, como es sabido, el artículo 1° de la Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid, adoptada por la Asamblea General en noviembre de 1973.

El apartheid en Sudáfrica es la violencia del racismo y la discriminación racial en su forma más sistemática. Desde hace casi 40 años se ha establecido un vasto cuerpo de disposiciones legislativas y reglamentaciones con el fin de aplicar y hacer efectiva la política de apartheid.

Ante la opinión mundial Sudáfrica representa las formas ignominiosas de la injusticia y la desigualdad. Esta nación pródigamente dotada de recursos naturales, logra en el continente africano el más alto producto nacional bruto y ocupa el primer puesto en niveles económicos. No obstante, la brecha que existe entre el alto ingreso per cápita de unos pocos y el muy bajo de los muchos es un indicador válido de las tensiones sociales y del conflicto existente en esa explosiva tierra.

Y es, en este ambiente, donde salta a la vista el hecho básico del apartheid: sus víctimas. La lista de ellas incluye personas, instituciones y el mismo futuro de Sudáfrica. Los africanos han sufrido todo tipo concebible de desastres, desde el homicidio a la humillación; desde la expropiación de sus tierras hasta la pobreza desgarradora; desde las formas brutales de prisión hasta la más despiadada persecución. Sus familias han sido disueltas, sus carreras y su educación quebrantadas.

En lo que respecta a los bantustanes en Sudáfrica, es de todos conocido que se trata de un fraude notorio. Cuatro quintas partes de la tierra de esta nación se han reservado para una minoría blanca que constituye menos de un quinto de la población.

Los bantustanes describen la tragedia de una separación intolerable, no sólo de raza sino de trabajadores africanos y sus dependientes.

Las esposas, los niños y los ancianos han sido alejados de las ciudades y forzados a vivir en una pobreza extrema en áreas superpobladas. Allí, en estas áreas, donde existe un desempleo crónico, se hace más intensa y desgarradora la crueldad de separar a los hombres de sus familias, a los hijos de sus padres.

El apartheid es esencialmente un ataque a los fundamentos mismos en que está basada la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Mi país quiere renovar su más indeclinable apoyo a la labor que realiza el Comité Especial contra el Apartheid. Cumple éste una tarea encomiable al ocuparse de uno de los asuntos que más interesan y conmueven a la comunidad internacional.

Colombia, por tradición y por mandato de su ordenamiento jurídico que expresa bien la voluntad de nuestro pueblo, ha rechazado y no admite ninguna forma de discriminación, ya ella se base en la raza, en el sexo, en la religión o en cualquier otro campo.

Por eso, mi país condena inequívocamente toda práctica discriminatoria racial como aquella que lamentablemente subsiste bajo la repulsiva expresión del apartheid.

En su reciente intervención ante la Asamblea General, el canciller de Colombia dijo lo siguiente:

"Un baldón pesa todavía sobre el orbe. Persiste en Sudáfrica la discriminación racial. Los últimos acontecimientos sucedidos en aquel país han dejado al descubierto una vez más el oprobioso régimen de Pretoria que, como lo dijo el Papa Juan Pablo II, vulnera a toda la especie humana."

(A/40/PV.4, pág. 78-80)

Compartimos el criterio del Secretario General de las Naciones Unidas cuando afirma que ella constituye el más peligroso veneno social y político. El apartheid ha sido causa de una situación amenazadora y violenta, y de una tragedia social que es fuente de inagotables sufrimientos.

En su intervención de ayer el Mayor General Joseph Garba, Presidente del Comité Especial contra el Apartheid dijo:

"Durante los últimos 12 meses han muerto más de 800 personas, la mayoría de ellas a manos de la policía y las fuerzas de seguridad, y 250 de ellas en los últimos dos meses, después de la proclamación del estado de emergencia en algunas partes del país. El número de heridos es mucho mayor y, según el último recuento, en el mismo período se ha arrestado, detenido o desterrado a más de 4.000 personas. La gran mayoría de los legítimos dirigentes negros autóctonos están tras las rejas, y algunos de los más eminentes son objeto de procesos en los que se les acusa de traición. Ante semejante violencia continuada y tal derramamiento de sangre, ¿qué esperanza puede abrigarse razonablemente de que se logrará un arreglo pacífico a la crisis sudafricana?" (A/40/PV.51, pág. 7)

Colombia comparte estas sentidas reflexiones así como la profunda inquietud de la comunidad internacional ante el agravamiento de la situación en Sudáfrica. Ha llegado el momento irreversible históricamente de poner fin al crimen y a la violencia, y que la justicia prevalezca en esa región de la Tierra.

Me parece conveniente recoger aquí dos citas del Obispo Desmond Tutu, laureado el año pasado con el Nóbel de la Paz.

En el Consejo de Seguridad sobre la situación en Sudáfrica dijo:

"Es una tierra tremendamente explosiva, cuyos habitantes reposan sobre un barril de pólvora, de mecha muy corta, por cierto, pronto a explotar y a enviarnos a todos al otro mundo.

"Impera una inquietud endémica, como una herida abierta que no cicatrizará hasta que, en vez de tratarse los síntomas, se eliminen las causas radicales." (S/PV.2560, pág. 31)

Y en su libro "Crying in the Wilderness" expresó:

"Anhele una Sudáfrica que sea más abierta y más justa, en la que su pueblo cuente y tenga acceso igual a las buenas cosas de la vida. Con igual oportunidad para vivir, trabajar y aprender. Anhele una Sudáfrica en la que haya un acceso igual y sin trabas a los tribunales de la tierra, donde la detención sin proceso sea cosa del pasado horrible, donde ni siquiera se lleguen a mencionar las proscripciones y otros actos arbitrarios y donde el imperio de la ley rija en toda su plenitud."

Error imperdonable cometen los regímenes que olvidan y niegan lo afirmado en el preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos, que dice así:

"El reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana es la base de la libertad, la justicia y la paz en el mundo."

Sin embargo, Sudáfrica ha ignorado y desafiado los llamamientos formulados por todos los países y las exigencias pacíficas de las Naciones Unidas.

El Gobierno sudafricano está en un error si piensa solucionar los problemas mediante reformas constitucionales inaceptables que dejan intactos los fundamentos del sistema del apartheid.

Colombia apoya el criterio de que una presión internacional continua y más rigurosa contra Sudáfrica es fundamental para convencer a su Gobierno de la inaplazable necesidad de una abolición pacífica del apartheid.

El apartheid es una amenaza constante a la independencia y a la integridad territorial de las naciones africanas, y socava sus esfuerzos de progreso económico y social.

Al cumplirse el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas es menester movilizar a la comunidad internacional para que actúe de manera acorde con la gravedad de la situación.

Los símbolos gallardos de la resistencia: Lako, Mandela, Tutu y tantos anónimos deben ser mencionados con admiración.

Las Naciones Unidas deben actuar decididamente en la lucha contra el racismo. Es su deber como lo es el de todos los hombres de defender el derecho natural inalienable de nacer libres e iguales.

Para este propósito, Colombia se ha comprometido a cumplir firmemente con su responsabilidad ante sus hermanos de Africa, con quienes compartimos el dolor inmenso por la ejecución despiadada del poeta Benjamin Moloise.

Sr. SKOFENKO (República Socialista Soviética de Ucrania) (interpretación del ruso): Los hechos acaecidos durante el actual período de sesiones de la Asamblea General demuestran claramente que la situación en Sudáfrica y la lucha contra el apartheid constituyen uno de los problemas más urgentes de la historia contemporánea, un problema que requiere solución urgente. El alcance de las manifestaciones antirracistas de la mayoría esclavizada de ese país ha adquirido importantes dimensiones. La situación ha empeorado; en verdad, se ha tornado explosiva porque el régimen racista de Pretoria, pisoteando los derechos legítimos de la población autóctona del país e ignorando la voluntad de la comunidad internacional, está esforzándose obstinadamente por perpetuar el sistema del apartheid, fortalecer la dominación de la minoría blanca y aplicar las pretendidas reformas constitucionales.

Sin embargo, la abrumadora mayoría de los habitantes de Sudáfrica, incluidas las llamadas poblaciones de color e india, rechazan las reformas hipócritas de los racistas que no tocan para nada los cimientos del apartheid. Los intentos del régimen de Pretoria de aparecer como favorecedor de reformas progresistas y de esfuerzos por lograr la paz, en oposición a la violencia, no han podido engañar a nadie. Estas maniobras fueron rechazadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas, por el Consejo de Seguridad, por la Organización de la Unidad Africana (OUA) y por el Movimiento de los Países No Alineados, al igual que por la población indígena de Sudáfrica.

Durante más de tres meses ha venido implantándose un estado de emergencia en el país dando libertad de acción total a la policía y al ejército de los racistas. Pretoria ha lanzado a todas sus fuerzas represivas a la batalla contra los patriotas de Sudáfrica. Como resultado, se ha derramado sangre de nuevo, la sangre de los combatientes por la libertad y la justicia, en contra de los registros indiscriminados; y las cárceles de los racistas están repletas. Solamente en este año, la policía y el ejército han matado a cerca de 750 personas. Se practican la represión y la crueldad inclusive con los niños. En los meses recientes, cientos de adolescentes fueron matados a sangre fría o mutilados; miles de opositores al apartheid fueron encarcelados. Todo el mundo se estremeció por el cruel destino impuesto al poeta sudafricano Benjamin Moloise, ejecutado por los racistas a pesar de las protestas del Consejo de Seguridad, del Secretario General de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional.

Sin embargo, a pesar del terror desencadenado por los ejecutores, las demostraciones populares contra el apartheid no han disminuido. Los patriotas están intensificando su lucha contra el régimen racista.

La lucha tiene lugar en muchos foros: huelgas de estudiantes y de trabajadores, actos de desobediencia civil, boicoteos de firmas y de tiendas que aplican reglas racistas, y demostraciones masivas de protesta, así como demostraciones armadas.

Ha cundido gran alarma ante otro ciclo de actos agresivos llevados a cabo por Pretoria contra Estados africanos independientes. Los ataques contra Angola y Botswana, la subversión y los actos de desestabilización contra Mozambique, Lesotho y otros países, así como una política de represión dentro del país sólo tienen un fin: mantener la dominación de los racistas en esa zona y acallar el deseo de los pueblos africanos por la libertad, la independencia y el progreso social.

A pesar de la voluntad expresada inequívocamente por el pueblo de Namibia a través de su representante legítimo, la South West Africa People's Organization (SWAPO), por las Naciones Unidas y por la comunidad internacional en general, el régimen de Sudáfrica continúa ocupando ilegalmente Namibia y tiene preparado para ésta un futuro neocolonialista.

Todos estos actos del régimen de Pretoria, obviamente, confirman que la política reaccionaria y la práctica del apartheid constituyen un crimen contra la humanidad y una grave amenaza para la paz y la seguridad internacionales, tal como ha sido proclamado por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Los acontecimientos en Sudáfrica han dado lugar a una ola de protestas que se ha extendido por todo el mundo. Los actos de Pretoria fueron condenados por el Consejo de Seguridad, por otros órganos de las Naciones Unidas, por el Movimiento de los Países No Alineados, por la Organización de la Unidad Africana (OUA), por los gobiernos de muchos países, por eminentes estadistas y dirigentes políticos y por las masas populares. Los países socialistas, entre ellos la República Socialista Soviética de Ucrania, han condenado con vigor los crímenes del régimen del apartheid y apoyan plenamente la lucha heroica del pueblo de Sudáfrica.

Inclusive los aliados tradicionales de los racistas en el Occidente han tratado recientemente de apartarse de los crímenes de Pretoria. Sin embargo, su política sigue siendo la misma: condenas verbales; apoyo y connivencia de hecho.

La posición de los Estados Unidos de América es particularmente característica a este respecto. Las condenas verbales, las llamadas sanciones suaves llenas de reservas y de cláusulas de escape, no han conducido a cambios destacables de la posición de Washington en relación con el régimen de apartheid. Constituyen sólo un intento de soslayar sanciones reales, cuya adopción se ha visto bloqueada en el Consejo de Seguridad por el veto de los Estados Unidos. La llamada participación constructiva con la República de Sudáfrica, como es bien conocido, ha llevado a un empeoramiento de la situación en el Africa meridional a causa de los actos agresivos de Sudáfrica contra los Estados vecinos; el arreglo del problema namibiano se encuentra estancado y el régimen del apartheid ha cobrado un carácter cada vez más represivo. El Comité Especial contra el Apartheid, en su informe a la Asamblea General, señalaba acertadamente que las políticas de los Estados Unidos:

"... han sido el más importante obstáculo con que ha tropezado la acción internacional contra el apartheid." (A/40/22, párr. 348)

La militarización de Sudáfrica, a paso cada vez más acelerado, y sus intentos de adquirir armas nucleares, son motivo de especial alarma.

Es bien sabido que en el desarrollo de su maquinaria militar y en la creación de su potencial nuclear, Sudáfrica está ampliamente comprometida a cooperar con los Estados Unidos, con alguno de sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) y con Israel. El Consejo de las Naciones Unidas para Namibia ha apuntado que la empresa estatal sudafricana Armaments Development and Production Corporation (ARMSCR) no sólo utiliza sus propias instalaciones de producción, sino que

"... depende de aproximadamente 800 contratistas del sector privado, incluidas muchas filiales locales de empresas de los Estados Unidos y de Europa occidental. Esas filiales producen diversas armas, entre las que se incluyen equipo naval, vehículos blindados y artillería pesada. Todas las filiales funcionan con arreglo a leyes de estricta reserva que se aplican a asuntos militares." (A/AC.131/179, párr. 48).

Hay muchos ejemplos de cooperación militar y nuclear entre Israel y Sudáfrica en el informe emitido por el Comité Especial contra el Apartheid, que figura en el documento A/40/22/Add.2.

Todo esto indica que los países occidentales e Israel no cumplen totalmente las resoluciones del Consejo de Seguridad, en especial su resolución 418 (1977) relativa al embargo en el suministro de armas y equipo militar a Sudáfrica. En este contexto, tenemos que estar de acuerdo con la conclusión del Comité Especial contra el Apartheid en el sentido de que:

"Los acontecimientos del pasado año - en especial la utilización de las fuerzas armadas por el régimen del apartheid para intervenir en Angola y asesinar a refugiados en Botswana - y la violencia y la represión contra el pueblo de Sudáfrica ponen de relieve que cualquier forma de asistencia a las fuerzas militares, de la policía, de inteligencia o de otra índole en Sudáfrica constituyen nada más y nada menos que una connivencia con los crímenes del régimen de apartheid." (A/40/22, párr. 374)

La principal conclusión que uno puede sacar sobre la base del análisis del debate general de este tema en el cuadragésimo período de sesiones de la Asamblea General es clara: no se puede seguir tolerando la existencia del régimen de apartheid. Ya es hora de que se tomen medidas efectivas para la liquidación

completa y final de ese semillero de racismo, colonialismo y agresión en el Africa meridional. Esta es una de las principales tareas a las que se enfrentan las Naciones Unidas en estos momentos.

La República Socialista Soviética de Ucrania apoya vigorosamente la exigencia de la cesación total e inmediata de todo tipo de cooperación con el régimen de Sudáfrica. La adopción de medidas concretas para liquidar las brechas en el embargo de las entregas de armas a Sudáfrica es la faceta más importante para conseguir su cumplimiento completo.

La resolución 418 (1977) del Consejo de Seguridad, relativa al embargo del suministro de armas a Sudáfrica, se complementó posteriormente con la resolución 558 (1984), en la que se pidió a todos los Estados que se abstuvieran de importar armas, municiones de todo tipo y vehículos militares fabricados en Sudáfrica. Ambas resoluciones recibieron el apoyo de la República Socialista Soviética de Ucrania en el Consejo de Seguridad. Nuestro país acata plenamente las decisiones y recomendaciones de las Naciones Unidas tendientes a aislar y boicotear al régimen sudafricano y no mantiene con él relaciones de ninguna índole.

La República Socialista Soviética de Ucrania participa activamente en la labor del Comité Especial contra el Apartheid que, con la dirección de su Presidente, Joseph Garba, Representante Permanente de Nigeria ante las Naciones Unidas, está realizando una acertada labor para desenmascarar la política de los racistas de Pretoria y ayudar a los movimientos de liberación nacional en el Africa meridional y a los movimientos anti-apartheid en todo el mundo.

Nuestro país apoya resueltamente los llamamientos formulados al Consejo de Seguridad por los países africanos miembros de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y del Movimiento de los Países No Alineados, así como los de la Asamblea General, en el sentido de que el Consejo imponga inmediatamente a Sudáfrica sanciones globales y obligatorias de conformidad con el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Debe superarse definitivamente la posición obstruccionista adoptada al respecto por algunas Potencias occidentales.

Antes de que el Consejo de Seguridad adopte sanciones obligatorias, estamos totalmente de acuerdo en que es necesario tomar medidas como las establecidas en la resolución 39/72 de la Asamblea General y la resolución 569 (1985) del Consejo de Seguridad, así como el Programa de Acción aprobado en la Reunión Especial del Buró de Coordinación del Movimiento de los Países No Alineados en abril y la Declaración formulada por el Comité Especial contra el Apartheid el 28 de marzo de este año.

Un elemento importante en la lucha contra el apartheid y para aislar al régimen racista de Sudáfrica sería una convención internacional contra el apartheid en los deportes, cuyo proyecto de texto fue presentado por el Comité Especial, que lleva trabajando activamente en esa convención desde hace varios años. Apoyamos ese proyecto de convención.

La República Socialista Soviética de Ucrania respalda al pueblo de Sudáfrica que, con la dirección del African National Congress (ANC), libra una lucha legítima contra el régimen reaccionario de Pretoria, con todos los medios de que dispone,

para eliminar la política y la práctica de apartheid y en favor de su liberación e independencia. Ayudamos al movimiento de liberación nacional de Sudáfrica tanto política como moral y materialmente.

Los medios de comunicación masiva de nuestro país informan detalladamente a la población acerca de los diversos aspectos de la lucha contra el apartheid, las actividades de las Naciones Unidas en esa materia y la justa lucha de los pueblos oprimidos del Africa meridional. En nuestra República celebramos ampliamente los días internacionales de solidaridad con reuniones y asambleas públicas, así como mediante la organización de exposiciones y conferencias.

La República Socialista Soviética de Ucrania, como miembro del Consejo de Seguridad y en las Naciones Unidas en general, aplica decididamente una política encaminada a lograr la total e inmediata eliminación del apartheid y el colonialismo en el Africa meridional. Nuestra posición de principio sobre las cuestiones de la lucha contra el colonialismo, el racismo y el apartheid se expone también en detalle en varias respuestas a cuestionarios del Secretario General.

Esa posición sigue invariable. Siempre hemos estado al lado de quienes luchan contra el apartheid, contra la segregación y la discriminación raciales, contra todas las formas de opresión y explotación y contra el colonialismo y el neocolonialismo, inclusive en el Africa meridional. El apartheid, respaldado por las bayonetas y los dólares, será barrido inevitablemente por el huracán de la ira del pueblo sudafricano. No hay lugar para ese régimen en nuestro planeta.

Sr. VLASCEANU (Rumania) (interpretación del inglés): El debate actual sobre la política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica se está realizando en momentos en que el régimen de apartheid se enfrenta a una crisis política; en momentos en que la represión y la violencia contra el pueblo oprimido de Sudáfrica se intensifica, junto con la adopción de nuevas medidas tendientes a consolidar la ocupación colonial ilegal de Namibia, y en momentos en que somos testigos de un aumento de la agresividad de las acciones de provocación, desestabilización y subversión emprendidas por el régimen de Pretoria contra los Estados africanos independientes vecinos. En el período en consideración se ha fortalecido la oposición al sistema de apartheid. El movimiento en pro de la libertad y la justicia social ha ganado nuevos partidarios en la población en general y se ha extendido en todo el país. La lucha por la liberación también se ha intensificado

en todo el Africa meridional, dentro del marco general de una oposición cada vez mayor de los pueblos del mundo entero a la política de fuerza, opresión y dominación.

El grave deterioro de la situación en Sudáfrica en particular y en toda el Africa meridional en general destaca aún más la imperiosa necesidad de adoptar nuevas medidas rápidas y eficaces para la eliminación de la política y las prácticas de apartheid en Sudáfrica, a fin de garantizar la estabilidad de esa región y la paz y la seguridad internacionales. En este sentido, unimos nuestra voz a la de quienes consideran que ya ha llegado el momento de comenzar decididamente a ejercer la responsabilidad especial asumida por las Naciones Unidas para la realización del derecho del pueblo oprimido de Sudáfrica y de todos los pueblos del Africa meridional a la libertad, el progreso y la dignidad nacional, así como a forjar su propio destino.

Los Estados Miembros que asisten a este período de sesiones de la Asamblea General han demostrado categóricamente, más que nunca, su total oposición al apartheid y han condenado vigorosamente la actitud del régimen racista, que niega los derechos civiles y políticos fundamentales de la mayoría de la población sudafricana y desafía las resoluciones de las Naciones Unidas respecto del Africa meridional. Nuestra Organización, que hace 40 años inscribió entre sus ideales la paz, la libertad y la justicia, se ha dedicado a realizar todos los esfuerzos posibles para eliminar al apartheid y sus causas profundas y para que el pueblo oprimido de Sudáfrica obtenga su derecho a la igualdad y la justicia social.

La necesidad imperiosa de comenzar la aplicación de este desiderátum adquiere especial importancia y creciente urgencia este año en que la humanidad ha conmemorado los cuatro decenios de la victoria sobre el fascismo que, como se sabe, utilizó al racismo como uno de sus instrumentos políticos e ideológicos repugnantes para diversión y justificación del genocidio y el expansionismo, para la legitimación de las desigualdades raciales y nacionales y para la opresión y la dominación. El apartheid no es más que una expresión de la política de supremacía racial elevada al nivel de política estatal y la negación de los derechos humanos básicos, de la igualdad y la dignidad humana.

Por ello, consideramos que, para dar una respuesta apropiada a la situación sumamente grave y explosiva que impera en Sudáfrica, el punto de partida de nuestra acción deben ser los elementos convenidos por las Naciones Unidas en su consenso sobre la política de apartheid.

Tal consenso ya se logró en la Asamblea General con respecto al carácter perjudicial, inmoral e inhumano del apartheid, descrito como un crimen contra la humanidad. Los Estados Miembros denunciaron y rechazaron unánimemente al apartheid por estar en contradicción flagrante con los principios básicos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de Derechos Humanos. En términos inequívocos, las Naciones Unidas han establecido que a este respecto su objetivo final debería ser la eliminación de la política y las prácticas del apartheid y la discriminación racial y el establecimiento de una sociedad democrática basada en la garantía de la igualdad de derechos para toda la población, sin ninguna distinción de raza, color o credo, y sobre el progreso nacional, la igualdad y la justicia social. Este objetivo fue reafirmado nuevamente en la declaración del Presidente del Consejo de Seguridad el 21 de agosto de 1985, cuando, en nombre de dicho órgano expresó que:

"... una solución justa y duradera en Sudáfrica debe estar basada en la erradicación total del sistema de apartheid y el establecimiento de una sociedad libre, unida y democrática en Sudáfrica." (S/PV.2603, pág. 3)

Pero contrariamente a los llamamientos reiterados de la abrumadora mayoría de los Estados Miembros, no pudo lograrse un acuerdo unánime sobre las formas más adecuadas de actuar para el cumplimiento de este objetivo final. La incapacidad existente hasta ahora para llegar a la unanimidad sobre las medidas que más eficazmente conduzcan a la eliminación efectiva del sistema horrible de apartheid se debe a la política de cooperación de ciertos países occidentales con el régimen racista. En toda oportunidad esos países se opusieron a los pedidos de la gran mayoría de los Estados Miembros para que se aplicaran sanciones totales contra Sudáfrica y los frenaron. Como lo destacaron más de una vez los países africanos, este hecho fue percibido por el régimen racista como un aliento a su actitud de rechazo arrogante de los llamamientos de las Naciones Unidas y los países africanos en pro del inicio de un diálogo constructivo para la solución del conflicto racial de Sudáfrica, de la eliminación de tensiones en la región y de sus violaciones insolentes de las normas de comportamiento internacional.

Como se menciona en el informe del Comité Especial contra el Apartheid, sin tomar en cuenta la oposición de la mayoría africana a la denominada reforma del sistema de apartheid y a la nueva constitución y la denuncia de esa constitución por la comunidad internacional, el régimen racista ha comenzado a aplicar su programa para la reestructuración de su política para con los grupos étnicos, que excluye a las tres cuartas partes de la población total de Sudáfrica de la vida política del país. Se ha vuelto evidente que el objetivo buscado es sembrar la discordia entre la población reprimida y fortalecer la supremacía de la minoría racial. Estas medidas han dado lugar a una ola creciente de protestas en todo el país contra las maniobras de reforma del sistema de segregación racial, en las que se exige la abolición del apartheid, la liberación de los prisioneros políticos y el establecimiento de una sociedad no racial.

En desafío a la lucha y las exigencias de la mayoría africana y a los llamamientos de la comunidad internacional, los dirigentes de Pretoria recurrieron a actos criminales sin precedentes que alcanzaron un punto culminante en la intensificación de la violencia y la represión, con la proclamación del estado de emergencia en 36 distritos donde el movimiento anti-apartheid había registrado un resurgimiento sin paralelos. La policía y el ejército recibieron poderes discrecionales. A esto siguieron los disparos contra manifestantes, los arrestos y encarcelamientos arbitrarios, la eliminación de los opositores del apartheid e incluso las muertes premeditadas, tales como la ejecución del militante negro Benjamin Moloise, y la represión brutal de cualquier intento de la población de levantarse contra las normas del apartheid. Estas medidas tuvieron como consecuencia que murieran centenares de personas y que millares resultaran heridas.

El carácter agresivo de la política de apartheid halló al mismo tiempo su expresión externa durante este período en las acciones provocativas reiteradas para intimidar y desestabilizar toda la región meridional del continente, los intentos de obstruir por la fuerza la lucha por la liberación del pueblo namibiano y los actos de agresión contra los Estados africanos vecinos independientes.

Los acontecimientos de este período demuestran nuevamente, por si hiciera falta, que la única manera de resolver el conflicto racial en la República de Sudáfrica y la tirantez en esa región no puede hallarse en los arreglos por "reformular" el apartheid sino en la erradicación de este sistema anacrónico basado en la supremacía racial, en una política de fuerza, en el expansionismo y la dominación, y en el cumplimiento de las exigencias del pueblo oprimido que lucha por gozar de sus derechos elementales de libertad y de las aspiraciones a la libertad e independencia de todos los pueblos de Africa meridional.

La amplia campaña de solidaridad de todo el mundo con la lucha por el progreso social en la República de Sudáfrica, los debates llevados a cabo por el Consejo de Seguridad este año sobre los actos de agresión perpetrados contra Angola, Botswana y otros Estados africanos vecinos independientes, e incluso las medidas - si bien de carácter muy limitado - recientemente adoptadas por ciertos países occidentales que cooperan con el régimen racista de Pretoria, así como las declaraciones emitidas durante el actual período de sesiones de la Asamblea General, son todos hechos que reflejan una comprensión cada vez más amplia de la necesidad imperiosa de medidas eficaces y rápidas que correspondan a la gravedad de la situación en Sudáfrica.

Creemos que el compromiso de todos los Estados para el logro de este objetivo y la renuncia a posiciones de reservas, expectativas y duplicidad para con los acontecimientos de Sudáfrica responderían a la voz de la razón y a la voluntad que fue expresada unánimemente durante la sesión conmemorativa de la Asamblea General relativa al fortalecimiento del papel, la autoridad y la influencia de las Naciones Unidas, y su mejor uso como centro para concertar medidas eficaces de todos los Estados Miembros a fin de resolver las cuestiones más importantes que enfrenta la humanidad.

En su lucha heroica por eliminar el sistema de apartheid, por la libertad y por la democracia, el pueblo oprimido de Sudáfrica siempre ha contado con la solidaridad militante de la Rumania socialista y del pueblo rumano. Rumania ha condenado y sigue condenando resueltamente la política de apartheid y discriminación racial, y ofrece su apoyo activo a la lucha del pueblo oprimido de Sudáfrica, al African National Congress (ANC), y a los otros movimientos de liberación nacional que están combatiendo por la erradicación del sistema de apartheid, de los últimos vestigios de colonialismo en el continente africano, y por la defensa de la causa de la libertad y de la dignidad humanas.

Esta posición coherente ha hallado su expresión en numerosos documentos del Estado y del Gobierno, en las actividades de Rumania dentro de las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales por apoyar los derechos y libertades de la mayoría negra de la población, y fue reafirmada con motivo de las reuniones en la cumbre entre el Presidente Nicolae Ceausescu y dirigentes de los Estados africanos y con los movimientos de liberación nacional. En esas oportunidades el dirigente máximo del Estado Rumano subrayó la importancia de la unidad de todos los pueblos para la solución política de diversas controversias y situaciones de tensión en el mundo, incluidas las del Africa meridional, y destacó la necesidad de erradicar la política basada en el racismo y el apartheid en la República de Sudáfrica y el logro de un Estado democrático que asegure la igualdad plena de derechos para todos los ciudadanos del país, sin distinción de color, raza o criterio étnico.

Al expresar su indignación contra las medidas de violencia y represión brutal perpetradas recientemente por el régimen racista, el pueblo y la opinión pública de Rumania han reiterado su pleno apoyo a la justa lucha de la mayoría de la población de la República de Sudáfrica en pro de la libertad, la justicia y una vida decorosa y han pedido con decisión que cesen de inmediato los actos represivos que comete el régimen racista minoritario contra el pueblo oprimido de Sudáfrica, la anulación del estado de emergencia y otras medidas ofensivas, y la liberación de los prisioneros políticos y de los patriotas que han sido detenidos.

La posición de nuestro país sobre la situación en Sudáfrica ha sido reiterada recientemente por el Presidente Nicolae Ceausescu, quien condenó resueltamente la política de apartheid y dio expresión a la plena solidaridad de Rumania y del pueblo rumano con la lucha que sostienen las masas populares de ese país para lograr su derecho esencial a participar en pie de igualdad en el gobierno del país.

Con esta actitud sumamos nuestra voz a la de las delegaciones que exigen que las Naciones Unidas actúen ahora y adopten las medidas decisivas y eficaces necesarias en respaldo del pueblo oprimido de Sudáfrica en su lucha por poner término a la política y las prácticas repugnantes del apartheid.

Estamos convencidos de que la lucha del pueblo oprimido de Sudáfrica, que goza de amplio apoyo en todo el mundo, llevará inevitablemente a la abolición del vergonzoso sistema de apartheid y a la realización de las aspiraciones del pueblo sudafricano a la libertad, la equidad y la justicia social.

Sr. OTT (República Democrática Alemana) (interpretación del inglés): Los cuarenta años de historia de las Naciones Unidas son también la historia de la lucha contra la política racial que aplica la minoría blanca en Sudáfrica. Durante el período de sesiones conmemorativo de la semana pasada, casi todos los Jefes de Estado o de Gobierno dieron prioridad a la lucha contra la política de apartheid.

La comunidad de las Naciones Unidas ha expresado su indignación en numerosas resoluciones ante el crimen del apartheid. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha condenado repetidas veces al régimen de Pretoria y ha aprobado resoluciones relevantes, entre ellas el embargo obligatorio de armamentos que figura en la resolución 418 (1977). Sólo en 1985 el Consejo celebró ocho debates sobre la situación en el África meridional. Dos de esos debates se realizaron justamente al comienzo de este período de sesiones de la Asamblea General en celebración de su cuadragésimo aniversario. En abierto desafío de la opinión

pública mundial, el régimen de apartheid, condenado por la historia, atacó una vez más a un país vecino pacífico y soberano: la República Popular de Angola. Esa fue una prueba más de la amenaza cada vez mayor que representa para la paz y la seguridad internacionales el régimen de Pretoria. Verdaderamente, el terrorismo de Estado ha sido durante largo tiempo parte integrante del régimen de apartheid, pero sólo en los últimos meses el uso de la fuerza dentro y fuera del país ha asumido nuevas dimensiones, demostrando más claramente que nunca la naturaleza de sus violaciones burdas y abrumadoras de los derechos humanos.

Por lo tanto, mi delegación ve con beneplácito que la Asamblea General trate el tema titulado "Política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica" inmediatamente después de su debate general y del período conmemorativo de sesiones. En efecto, no tenemos tiempo que perder; tenemos que enviar un mensaje resuelto y unánime a los racistas de Pretoria. La declaración conmovedora pronunciada ayer por el Obispo Desmond Tutu aquí en esta Sala dejó claramente de manifiesto que no puede ayudarse al pueblo oprimido de Sudáfrica con acciones a medias.

El mundo entero rechaza hoy las prácticas del apartheid. Además de los Estados de la línea del frente, de los países no alineados y de los Estados socialistas, este rechazo se ha extendido también a los países occidentales. Observamos atentamente que allí se producen frecuentes acciones concretas, desde las protestas y manifestaciones hasta las medidas moderadas de boicoteo o incluso la ruptura de relaciones con el régimen racista, como lo hicieron radicalmente hace tiempo los Estados socialistas y la mayoría de los países no alineados.

El Comité Especial contra el Apartheid, cuyas actividades bajo la Presidencia del Embajador Joseph Garba apreciamos enormemente, ha detallado en su último informe los acontecimientos sucedidos en el África meridional el año pasado. Da pruebas del hecho de que el terrorismo de los racistas ha aumentado desde la proclamación de las denominadas reformas constitucionales. La advertencia expresada por tantas delegaciones en el trigésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General se ha convertido en una realidad alarmante.

Según los políticos del régimen de apartheid, su política exterior, por ejemplo, iba a sufrir cambios. Hablaron de una supuesta política de buena vecindad y profesaron su pretendida disposición a vivir en paz y al entendimiento. Empero, en la realidad sus intentos por desestabilizar los Estados vecinos no sólo continuaron con persistencia sino que se intensificaron sistemáticamente.

Hace apenas unos días que la Fuerza Aérea sudafricana lanzó otro ataque aéreo contra Angola. Con ello renovaron así su política de agresión armada que ya fuera denunciada el 20 de septiembre y el 8 de octubre en las resoluciones aprobadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas como violaciones de soberanía e integridad territorial.

Asimismo, continúa la confabulación sudafricana con las pandillas contrarrevolucionarias del MNR en territorio de Mozambique. En una reciente conferencia de prensa, Sergio Vieira, el Ministro de Seguridad de este país, probó con la ayuda de documentos confiscados que Pretoria está violando permanentemente el Acuerdo de Nkomati de marzo de 1984.

El Ministro de Seguridad de Zimbabwe, Sr. Emmerson Munangagwa, acusó al régimen de Botha de preparar la infiltración de más grupos divisionistas en su país mediante una operación secreta. Estos ataques constantes lanzados contra los Estados de la línea del frente y el continuo apoyo que se brinda a los bandidos que operan en los Estados vecinos son prueba evidente de que Pretoria jamás ha deseado lograr un arreglo pacífico en el África meridional.

Del mismo modo, Sudáfrica sigue oponiéndose a un arreglo pacífico de la cuestión de Namibia, tal como lo exigen las resoluciones aprobadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Mi delegación tendrá la oportunidad de explicar su posición sobre este tema en fecha posterior.

En julio de este año la Pretoria racista declaró el estado de emergencia. Esto no fue sino el reconocimiento oficial del fracaso de su política de reformas, que ha sido elogiada por muchos países occidentales. Las exigencias de millones de ciudadanos sudafricanos en cuanto al respeto de sus derechos humanos, a tener una vida libre de humillaciones y discriminaciones, en pro de una Sudáfrica unida, democrática y no racial, mereció como respuesta de parte de los dirigentes de Pretoria asesinatos y detenciones masivas de los que fueron víctimas inclusive los niños.

El terror manifiesto, la opresión brutal de la mayoría de la población por la camarilla racista e inhumana, nuevos asesinatos judiciales y actos de terror perpetrados contra el pueblo en rebelión de Sudáfrica, todo ello es expresión del agravamiento de la situación en el país. Ciertas concesiones parciales y cambios superficiales para conservar el poder racista fueron reemplazados por la fuerza bruta. Pero inclusive ese intento de prolongar la existencia del odioso sistema no es una señal de fuerza, sino de una creciente desesperación y, por lo tanto, sus consecuencias no pueden predecirse.

La intensificación del terrorismo de Estado del régimen del apartheid que se observó en las últimas semanas muestra al mundo entero la ineficacia y la demagogia de las medidas que las principales Potencias occidentales denominan sanciones. La llamada participación constructiva de los Estados Unidos y de varios de sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) es en realidad una política de apoyo económico, militar y político a Pretoria. El informe del Comité Especial de las Naciones Unidas contra el Apartheid, las audiencias sobre las actividades de las transnacionales y el informe Khalifa denuncian claramente el compromiso adoptado por Estados occidentales y sus monopolios en Sudáfrica y Namibia.

Igualmente alarmante es la colaboración entre Israel y Sudáfrica, que está incrementándose, especialmente en lo militar y lo nuclear. En vista de la política de agresión que aplican estos dos Estados, su colaboración representa un grave peligro para el mundo.

Por lo tanto, debemos preguntarnos con total claridad: ¿hasta cuándo tienen ciertos países occidentales la intención de mantener vivo a este régimen que ha sido aislado en todo el mundo, que es odiado por su propio pueblo y que desde hace tiempo está condenado a la ruina por la historia?

¿Cómo pueden hablar todavía de democracia, libre determinación y derechos humanos y derramar lágrimas de cocodrilo acerca del terrorismo, cuando toleran y apoyan el terrorismo de Estado del régimen de Botha dentro y fuera del país? ¿Acaso no es que estos círculos imperialistas, con sus declaraciones verbales, no sólo pierden credibilidad, sino que también se hacen culpables y responsables por los crímenes del régimen del apartheid? Las razones de esa dualidad de criterios morales y de su política de engaño son obvias. Lo que quieren es recuperar las posiciones estratégicas del imperialismo en el Africa meridional. La denominada participación constructiva y el apoyo político, diplomático, económico y militar a Sudáfrica están inseparablemente vinculados a las ambiciones mundiales de predominio y superioridad.

El régimen agresivo e inhumano del apartheid tiene la intención de actuar como punta de lanza del imperialismo contra el proceso de liberación nacional y social en el Africa, contra la independencia, la democracia y el progreso de los Estados africanos. Y su intención es, además, la de garantizar e incrementar los beneficios enormes de las empresas transnacionales en la región.

La posición de mi país en torno a la situación del Africa meridional ha sido y es inequívoca. Fue reafirmada en la Declaración de los Estados Partes en el Tratado de Varsovia, del 23 de octubre de 1985, en los siguientes términos:

"Los participantes en la reunión condenan resueltamente la política de apartheid aplicada por la República de Sudáfrica y la represión masiva contra la población africana autóctona e insisten en que se ponga fin a todo apoyo al régimen racista de Pretoria. Asimismo, insisten en que se ponga fin a los actos de agresión, injerencia e intervención militar de las fuerzas imperialistas contra Angola y los demás Estados del Africa meridional."

Consideramos que la imposición de sanciones generales y obligatorias por parte del Consejo de Seguridad, de conformidad con el Capítulo VII de la Carta, es un medio decisivo para erradicar el apartheid. En esto estamos de acuerdo con la posición que ha adoptado el Movimiento de los Países No Alineados.

En el marco de la lucha internacional contra el apartheid, la elaboración de un instrumento jurídico es muy importante. Ello ha quedado demostrado por la Convención Internacional Sobre la Represión y el Castigo del Crimen del Apartheid. La Convención Internacional contra el Apartheid en los Deportes sería, precisamente, un instrumento de este tipo para aislar al régimen del apartheid en la esfera de los deportes. Instamos a todos los Estados a que acepten el proyecto

de resolución pertinente que figura en el informe del Comité Ad Hoc. Mi delegación desea aprovechar la oportunidad para felicitar a este Comité por el éxito en su trabajo.

El asesinato de Benjamin Moloise, en desafío arrogante de la opinión pública mundial progresista, incluida la Asamblea General, su Consejo de Seguridad y la opinión personal del Secretario General, no es más que un eslabón en la cadena de los crímenes de Pretoria.

Nombres como Seboken, Crossroads o Langa - escenarios en los que se presenció en los últimos dos meses el terror racial - no pueden borrarse de la memoria de los pueblos. Pero las matanzas que cometen los agentes blancos no pueden extinguir el fuego de la resistencia del pueblo oprimido.

El frente unido del pueblo de Sudáfrica en lucha, bajo la dirección del African National Congress (ANC) no podrá ser quebrantado. El llamamiento para la liberación inmediata e incondicional de Nelson Mandela y de todos los patriotas encarcelados se torna cada vez más insistente.

Las acciones políticas militantes de los últimos meses, como lo dijo el Secretario General del South African Congress of Trade Unions, son una señal del comienzo del fin del régimen racista. Podemos - más aún, debemos - contribuir a poner fin al régimen del apartheid lo más rápidamente posible.

Se levanta la sesión a las 20.30 horas.

